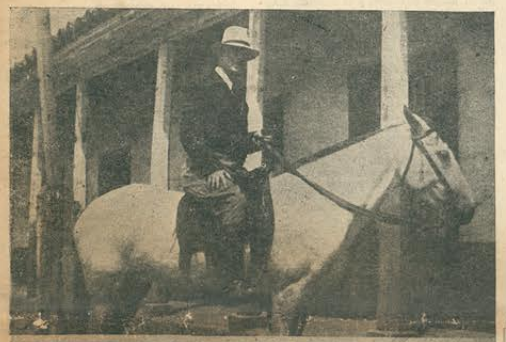
LA GACETA DE CHILE

Revista de Artes y Letras Dirigida por Pablo Neruda

Mariano PICON - SALAS
DIAS CHILENOS

César ZAVATTINI
Juntemos con valor todo nuestro miedo

Luis Enrique DELANO
DISCURSO DE CUMPLEAÑOS



LATORRE EN DOS ESCENAS, EN UNA DE SUS HABITUALES INCURSIONES AL CAMPO EN LA ÉPOCA VERANIEGA. AL LADO, FOTO RECIENTE DE MARIANO LATORRE.

Antes de que se produjera su lamentable desaparecimiento, Mariano Latorre dejó escrito un trabajo de 20 carillas, autobiográfico, titulado "Recuerdos y anécdotas de medio siglo", con el siguiente subtítulo a la manera gorkiana: "Mis escuelas y mis liceos". Parte de ese trabajo estaba destinado a esta revista, LA GACETA, como homenaje al notable novelista chileno, publica ahora esa parte.

Es un interesante episodio de la vida del Liceo de Talca, donde Latorre inició sus humanidades.

Recuerdos y anécdotas de
MEDIO SIGLO
por Mariano LATORRE

FUE Fidel Pinochet quien descubrió mis aptitudes de pintor literario. Por él leí a Pereda y conservo aún una edición de "Peñas arriba", de las viejas ediciones de Victoriano Suárez, que él me dio como premio de mi éxito en un pequeño certamen literario.

A don Fidel se le había ocurrido familiarizarnos con el endecasílabo y el heptasílabo castellanos. Nos dio un modelo de humorada campoamoriana y nos pidió que hiciéramos una estrofa, imitándolo.

– a la vuelta –

LAXNESS: Cantarás para todo el mundo
por Volodia TEITELBOIM

Entre cincuenta imitaciones, obtuve el primer premio con esta humorada:

Elena no te asombres,
si porque me has olvidado no he [sentido:
yo soy cual ciertos hombres
que no aceptan amores sin olvido.

La copla la inspiró una niña, llamada Elena Salinas, que me dio calabazas con un teniente del Chorrillos. Yo reaccioné en esa forma.

Fidel Pinochet aplaudió la estrofa y, a guisa de elogio, hizo un chiste:

—A lo mejor es una humorada de Campoamor que Latorre ha encontrado por arte de magia.

Y un condiscípulo, un indiecito, que he perdido de vista afortunadamente, se dio el trabajo de leer toda la obra de Campoamor para comprobar lo que el profesor dijo en broma.

Darío Castro era otro profesor de alta calidad pedagógica. Si de alguien puede asegurarse que todo lo debe a su esfuerzo personal, es seguramente él. Nació con el don de enseñar idiomas, como otros nacen cantantes u oradores. El don de comunicar sus hallazgos filológicos, el secreto de una sintaxis y el espíritu de una literatura. En tal forma que, al terminar en sexto año de humanidades nuestros estudios de alemán, podíamos traducir el segundo Fausto sin grandes dificultades.

El me ha contado esta anécdota, en la que fui protagonista y que yo había olvidado.

A comienzos del segundo Fausto, aparece Dios y habla a los hombres y al mundo con una honda comprensión de la vida y de su ética.

Me cuenta don Darío que yo levanté la mano para hablar y dije:

—Estoy seguro que si Dios apareciese en este instante, hablaría con las palabras de Goethe.

Antítesis de esta provechosa enseñanza, era la estéril clase de francés que nos daba un vejete decrépito de apellido Moreira, a quien llamábamos el Chupa Charqui, por la forma cómo alargaba la boca para pronunciar la u francesa.

Se contaba que había viajado por Europa, donde perdió fortuna y salud. Nosotros recibíamos los restos del francés asimilado en sus juergas de París. Tediosas traducciones, que hacían muy difícil la disciplina. Algún muchacho más impaciente, hablaba o se movía. Entonces el vejete interrumpía la traducción para decir con una cómica voz, de seniles temblores.

—Guarde silencio, señor. ¿No ve que hace rato que lo estoy reconviniendo con los ojos?

Y lo curioso del caso es que Moreira usaba unas negrísimas antiparras, y los ojos no se los vimos nunca.

Si el Externado tenía dinamismo, gracias a la energía del Zorro Villarroel, en el Internado no había ni orden ni disciplina.

El Vicerrector, a quien llamaban el Macho Barahona, era un pequeño terrateniente de Colín que don Gonzalo Cruz trajo al liceo, por recomendación de un intendente. No podía tildársele de mala persona. El relieve más saliente de su carácter consistía en llevar la contraria al niño o al apoderado, con razón o sin ella. Creo que por esto le decían el Macho.

Descontrapesaba toda disciplina e impedía toda fiscalización, un grupo de jóvenes, ya maduros, que completaban unas tardías humanidades en el Internado. No se resignaban a vivir como los demás alumnos y mediante pródigas propinas al ropero, salían por las noches del Internado. El Macho Barahona lo sabía, pero no se atrevió a denunciarlos nunca. Primero eran esos jóvenes los que salían, luego los de quinto año y algunos precoces del cuarto que contaban a sus camaradas las remoliendas en la casa de la Rosa Amelia, de la Chofa o de las Parralinas. Más tarde, esta desidia criminal trascendió al pueblo y fue una de las causas de la salida de Barahona y del Rector.

Un amplio vestíbulo, sombrío y con

La señora madre de Mariano Latorre

rejas de madera labrada, como un locutorio de convento, en cuyo fondo tictaqueaba un viejo reloj monumental, daba acceso a los dos patios. Por la puerta de la izquierda se entraba, de golpe, al patio del Internado.

El viejo Severo, canoso y afable, era el portero, y con sus llaves mohosas en la mano, amo y señor de la portería.

Acentuaba la característica conventual, además de los corredores claustrales, una capilla que ocupaba una de las alas del edificio. Nunca se dijo misa ahí. Y, sin embargo, era una risueña iglesita, con su altar de doradas columnas salomónicas y un Cristo tallado, sobre el Sagrario.

Mariano Latorre con su hijo, fotografiados en Pucón

En el otro extremo, junto a las cocinas del Internado, había unos calabozos o celdas de gruesos muros, con restos de cal y letras o frases en latín o castellano. En lo alto, un ventanucho cuadrangular colaba una rayola de luz.

El Dr. Hederra Concha nos cuenta que fueron, primero, celdas de coristas y en la época del guante, calabozos para castigar faltas graves de disciplina o de moral. Dice que se aplicaba la pena con la siguiente reglamentación:

—Cinco días de calabozo, a pan y agua, con derecho a balde y papel.

Barahona, contagiado quizá por el refrán de don Manuel Yáñez: A grandes males, grandes remedios, y por airada decisión del Rector, al saber lo que en la calle y en el Club se decía del Internado, contrató a un extraño personaje que vimos aparecer una tarde en los comedores y en la noche en el dormitorio.

Era un hombre alto, de ojos achinados, de expresión dura. Le faltaba el brazo derecho y la manga flácida estaba siempre metida en el bolsillo de la chaqueta. Se apellidaba Quijano y, según se decía, asuntos de familia lo obligaron a cortar la carrera de leyes y establecerse en Talca. Se comentaba que el fracasado estudiantón, hombre ya maduro, se había comprometido con Barahona a reformar la disciplina y a obligar a los alumnos a cumplir el reglamento del Internado.

Ruda era la tarea y Quijada se enfrentó valientemente con los jóvenes calaveras, echando, desde luego, al ropero y condenando las puertas que daban a la calle 1 Norte.

Y los internos, bajo el silbido de los picos de gas o en los rincones oscuros, conspiraban contra el tirano, a quien comenzamos a llamar desde ese instante **Don Quijola**.

En la noche, mientras comíamos, algún muchacho decidido se colaba en el dormitorio y le anudaba las sábanas con apretados nudos ciegos o sembraba de pica pica almohadas y colchas.

Y al darse cuenta que Don Quijola estornudaba o trataba de desatar los nudos de las sábanas, oíanse risas contenidas o voces desfiguradas que lo amenazaban, pero el impasible zunco, aunque nunca averiguó quién fue el de los huaches y el de los insultos, no cejó en su lucha por restablecer el orden, como si estuviera seguro de triunfar.

Su arma más poderosa era el castigo por horas que se pagaba, como deuda sagrada, después de las clases y en los días domingos.

Una tarde el motín estalló, erizado de gritos y de insultos. Vidrios rotos, puertas desgonzadas, catres de fierro, amontonados a guisa de trincheras, en todas las salidas a la calle.

Nadie asistió a clases ese día. Los internos se reunieron en los corredores y en filas de a cuatro, marchaban, golpeando marcialmente los ladrillos al grito de **On Quijola, On Quijola, On Quijola**.

Y los externos, al darse cuenta de lo que sucedía, se contagiaron rápidamente y, a pesar de los gritos de Villarroel y de sus actitudes amenazantes, no entraron a clase y se acumularon en la gran puerta que comunicaba los dos patios, hasta derribarla.

Villarroel, enérgico jefe y político hábil, se calló, abandonando el patio. Las autoridades no existían ya. Nada se supo de don Gonzalo ni del Macho Barahona. Solo, a veces, como un heroico capitán de buque náufrago, se asomaba la cara de chino de Quijada, hermano de raza de don Pedro Aguirre Cerda.

Toda la ciudad era espectadora en ese instante de la sublevación de los liceanos. La policía, al mando del veterano Cristi, se alineaba frente a la fachada del liceo.

Fidel Pinochet, risueño, abandonó el patio con sus pasos cortos y nerviosos. Sólo Darío Castro, dueño de sí mismo, conversaba con sus alumnos y hacía chistes.

Recuerdo que un muchacho de apellido Bravo, de Colín, comentaba que en su pequeña aldea, Colín abundaban los Azócares, los Bravos y los burros.

Castro lo interrumpió para decirle:

—En todo, es preciso clasificar, señor. En Colín hay Azócares y asnos, Bravos y burros.

Todo se apaciguó a la hora de comida.

Se habían pisoteado las pobres prendas de vestir de Quijada y en vano se buscaron los enormes libros, donde se consignaban las horas de castigo, otra de las razones del motín.

A los pocos días, se supo de la jubilación de don Gonzalo y de Barahona.

Una mañana nos dijeron que al día siguiente llegaría al Liceo el nuevo Rector, don Enrique Molina.

Nosotros pensábamos en Fidel Pinochet o Darío Castro, pero el Ministerio nombró a don Enrique, y en lugar de Barahona, a un profesor del Liceo de Chillán, Alejandro Venegas.

Vimos a don Enrique un mediodía de primavera. Su gesto afable, su sonrisa acogedora y la palabra fácil, cálida, nos conquistaron de inmediato y para siempre.

No alcanzaba don Enrique entonces a los cuarenta años. Figura elegante, corte impecable del traje, colores discretos, cordiales ademanes, trastornaron radicalmente el concepto que nosotros teníamos de un profesor de Liceo. Nos pareció un caballero acaudalado, un dueño de fundo o un político que se hubiera enamorado de la enseñanza y la ejerciese por afición. Sólo en el contacto directo de la sala de clase, nos dimos cuenta de su amplia cultura y de la novedad del método con que la comunicaba.

Más tarde he pensado que este hombre, a quien tanto debe la cul-

-pasa a la pág. 4-

MARIANO LATORRE

por Fernando SANTIVAN

QUIEN no amó a Chile con alma de esponja niña dispuesto a absorber el aire, el agua y la vida con todos los poros de su espíritu, no podrá gustar en plenitud la literatura de Mariano Latorre. Quien no haya cazado zorzales a tiro de honda en huertos y matorrales; quien no se haya sumido deleitosamente en las aguas arremansadas de los esteros campesinos, abiertos como ojos de virgen extasiada entre la espesura verde; quien no haya bebido el zumo hirviente en lagares cubiertos por zarandas estremecidas por el taloneo de los pisadores; quien no se haya embriagado en la atmósfera azucarada de abejas y aromas silvestres; quien no haya hundido el rostro en las sayas maternales de una "mama" o de una cocinera transfigurada por el hechizo de entierros de oro y de apariciones fantasmales; quien no haya escuchado en la adolescencia el rasgueo de guitarras afiebradas y el tintinear de espuelas musicales en una zamacueca de fiesta agraria; quien no haya aspirado el aire quieto y solitario de la altura fragosa de la sierra andina; quien no haya luchado con el abrazo helado de las olas costeras de nuestro mar cuajado de riquezas y misterios; quien no haya amado la tierra con fresca plenitud de niño ingenuo, no podrá comprender la literatura de Mariano Latorre.

Los hombres no nos entendemos por diferencias de razas y tradiciones; por contraste de caracteres y temperamentos; por antítesis de intereses o por disparidades sustanciales de crianza y educación. Es natural que no sientan la literatura de Mariano Latorre quienes fueron mecidos en tibieza de cuna acolchada en seda o algodón. Será difícil que un Marcel Proust, amamantado en atmósfera de alta burguesía ciudadana, logre ponerse a tono con el encanto áspero y arisco del habitante de montañas, valles y rocas marinas.

Mariano Latorre conoció desde niño el ambiente nativo. Más tarde, enamorado de su belleza, trató de reproducirlo con fidelidad integral; pero su amor no le impidió enfrentarse a sus defectos y deformidades. Constantemente procuró sofocar el impulso romántico al considerar al hombre y a la naturaleza inerte. Sus tipos aparecen despojados de idealismos seductores, ya se trate de bandidos audaces o de "zurzulitas" de suave plumaje; de adustas matronas matriarcales o de insignificantes trabajadores campesinos. Su interpretación de la naturaleza es siempre sobria y de una transparencia tal que sentimos, al conocerla, la impresión de hallarnos frente a la realidad misma. El amor de Latorre por sus personajes no se aminora ante sus defectos y lo transmite al lector con disimulada ternura de padre perdonador y profundamente humano.

Como técnica literaria Mariano Latorre emplea generalmente una composición en apariencia desmadejada y lenta, tal como se desarrollan los acontecimientos en la vida; pero no es difícil sentir la mano vigorosa y sabia que va conduciendo la narración a un fin previsto. Acaso Turgeneff y Conrad le abrieron el camino hasta que en sus últimas obras el escritor chileno pudo descubrir sendas propias y colocarse a la altura de los maestros.

Latorre procuró siempre disimular su aguda penetración psicológica bajo un manto de sencillez y bonhomía; pero es fácil percibir el espíritu de sus creaturas novelescas hasta en sus leves y sutiles fluctuaciones interiores, a veces complicadas. Recordemos la solidez anímica de algunos de sus tipos, como la de "El finado Valdés", "La vieja del Peralillo", el indio y su perro en "Carboneros", la madre en "El Caracol" y habrá de convenir en que era un hábil creador de almas humanas.

En esta fotografía aparece Mariano Latorre junto a Luis Durand, a la derecha, y Domingo Melfi, el último de la izquierda

Las producciones iniciales de Latorre en su primera juventud hicieron creer a sus amigos que encaminaría su arte hacia una prosa limpia, poética, de cristalina frescura. Fue una sorpresa verlo tomar un sendero de sobriedad despreocupada y huraña. Sin embargo, con el tiempo afloró de nuevo la forma artística de musicalidad bien administrada, como complemento y coronación a su estilo, hasta llegar a colocarlo entre los más hábiles cultivadores del idioma.

Mariano Latorre caminó en su vida y en su arte con paso lento y seguro hasta llegar a la cúspide de sus aspiraciones. Amó, sufrió y supo perdonar. Enfrentó la estridencia ambiente con gesto cordial y despreocupado. Prefirió recibir los agravios de sus contrarios en forma festiva contestándolos con invenciones y epigramas ingenuos que era el primero en celebrar. Fue su única venganza de niño grande y de jocundo espíritu campechano.

Y ahora

Mariano Latorre ha muerto

La noticia, aunque vagamente esperada, cayó sobre mi corazón como un golpe sordo. Ayer nada más lo recordaba en un artículo al describir una reciente visita a la ciudad de Parral. Allí nos conocimos hace más de cincuenta años. Allí transcurrió parte de nuestra infancia y se desarrollaron las primeras correrías de muchachos. Desde entonces fuimos más que hermanos, porque es frecuente que lazos de la sangre aproximen menos que una amistad nacida de comunes aspiraciones, sentimientos y fatigas...

En 1900 juramos dedicar la vida al cultivo de las letras e hicimos con ello voto de pobreza, sin otra satisfacción posible que ofrecer a contemporáneos, o a descendientes, una imagen honrada de lo que es nuestra patria, plena de fuerzas desconocidas.

No creo haber realizado mis propósitos juveniles; pero sé que Mariano consiguió los suyos plenamente, llegando a convertirse en gloria de las letras nacionales. Nadie como él supo captar con tanto amor nuestras montañas, el campo chileno, nuestro ancho mar. Los personajes de la tierra fueron sus bien queridos hijos y hermanos. Los vemos desfilar en sus "Cuentos del Maule", en "Zurzulita", en "Cuna de Cóndores", "On Panta", "Tierra de Mallines", "Hombres y Zorros" y en tantos otros libros que brotaron como frutos de su frondoso cerebro.

Cuando aún no teníamos catorce años, fundamos en Parral una revista. Más tarde colaboraríamos juntos en "Zig-Zag", "Sucesos", "Pluma y Lápiz", "Artes y Letras", "El Mercurio". En 1906 subíamos por primera vez, con sólo algunas semanas de diferencia, a la tribuna consagratoria del Ateneo de la Universidad de Chile. En 1909 publicábamos nuestro primer libro, cuando aún no existían editoriales y debíamos ofrecernos al público por cuenta propia. En 1912 me convertía en editor de "Cuna de Cóndores" a riesgo de sufrir demandas judiciales por insolvencia. En 1910 el gran Concurso del Centenario favorecía a Mariano con el primer premio de cuentos, y a mí con el primero de novela.

¡Toda una vida!... Toda una vida de luchas, triunfos o derrotas, sin que jamás hubiera entre nosotros rozaduras, asechanzas ni mezquindades, tan comunes en la humana naturaleza. Mariano sabía, como lo sabía yo, que en cualquier momento nuestras manos estarían listas para estrecharse en la fortuna y defenderse en la adversidad.

Mi último libro, "Memorias de un Tolstoyano", recibió de parte de Mariano el primer espaldarazo de aliento cuando aún otros compañeros sonreían, reticentes, ante la anunciada obra de uno de los "viejos" de la generación de 1900.

¡Y este amigo ha muerto!... En estos instantes en que mi espíritu se angustia dolorosamente, experimento la sensación de que una parte de mí mismo se desintegra junto con la partida de Mariano Latorre.

Y a los que sólo conocísteis a Mariano en sus obras, os conjuro a reconocerlo en la historia literaria de América Latina como una de las expresiones raciales más poderosas de nuestro continente.

CARTA A LOS LECTORES

ESTE número de año nuevo de LA GACETA aparece bajo el signo de las cartas. Las hemos recibido de Brasil, de Venezuela, de Argentina, de Uruguay, de Inglaterra, de Alemania. En cada una de ellas hay una felicitación. LA GACETA tiene éxito, los intelectuales de todos los países se interesan en ella y desean ser sus colaboradores o sus subscriptores. El ensayista Mariano Picón-Salas nos envía desde Caracas, para comenzar, una magnífica colaboración autobiográfica que publicamos en las páginas centrales.

Estos apretones de manos a la distancia sólo bastarían para llenarnos de satisfacción, en esta época de lamentable aislamiento cultural entre un pueblo y otro. LA GACETA es recibida en todas partes con respeto, así nos lo aseguran, como una gran revista chilena. Pensamos que este reconocimiento no es del todo inmerecido. LA GACETA se ha esforzado por ser un órgano representativo de la cultura nacional, con su creción poderosa, con la lucha cotidiana por salvar los pequeños y los grandes contratiempos materiales y espirituales que dificultan su avance. En apenas 3 meses no es poco lo realizado. Hemos dado salida a la multiplicidad —creemos que inagotable— de nuestra joven poesía, atajada por la imponente barrera editorial. Varios maestros de la literatura chilena han tenido la gentileza de concedernos, como primicias, hermosas y valiosas páginas inéditas. Rindiendo homenaje a Thomas Mann y Halldor Laxness, por otra parte, hemos sido intérpretes del culto que profesan nuestros intelectuales por los grandes creadores, por las grandes conciencias mundiales.

Sabemos que la tarea de LA GACETA es mucho más vasta. Ahora que muchos ojos desde diversas partes del mundo se vuelven hacia LA GACETA, es más decidido nuestro propósito de hacerla amplia y profundamente chilena. Pensamos que así servirá mejor al conocimiento mutuo, a la amistad entre los hombres de la cultura americana.

LA GACETA DE CHILE
Nº 3 - Nov. - diciembre, 1955

Director:
Pablo NERUDA

Presentación Gráfica:
Galvarino RODRIGUEZ

Valor ejemplar: . . . $ 100

Suscripciones: 3 números: $ 250
6 números: 500
12 números: 1.000
Extranjero: 6 números: 1 dlr.

Toda correspondencia a:

CLASIFICADOR 483
SANTIAGO DE CHILE

Las ideas expresadas en los artículos son de responsabilidad de sus autores

tura de Chile, debió aprovecharlo su patria en otras actividades, más de acuerdo con la aristocracia de su inteligencia y la sólida calidad de su cultura humanística.

¡Qué gran diplomático habría sido don Enrique con su don de gentes, la flexibilidad de su carácter y la finura de su inteligencia, en lugar de la muchedumbre de politicastros radicales o de aristócratas cursis que han llenado las Embajadas, dando a los países extranjeros la idea de un Chile mediocre, falso, que no ha existido nunca. Esto, naturalmente, es mi proyección sentimental, porque si hoy le preguntaran a don Enrique, si está satisfecho de su labor de maestro y de ensayista, estoy seguro que con su más cordial sonrisa y ese apretón de manos en el aire, a la altura del corazón, en él tan característico, diría que ésa y no otra era su vocación.

Don Enrique canceló ese mismo día la deuda de horas de castigo, que pusieron en quiebra nuestra libertad, durante meses.

Algunos días después y en un marco algo inusitado (las siete de la mañana de un día de octubre) conocimos a Venegas.

Su actitud concentrada, algo rispida, era la antítesis de la de don Enrique, aunque en el fondo, y por eso marchaban unidos, se completasen y a esto se debió su éxito en la reorganización del Liceo de Talca.

Lo que era un ademán amplio, generoso en don Enrique, era retraído y mezquino en Venegas. El uno se entregaba; el otro se recogía en sí mismo. La voz pastosa de don Enrique era de un tiple regocijante en Venegas, como si su garganta estrangulase los sonidos.

Algo desgarbado don Enrique, de pasos largos e insguros, dándonos a veces la impresión de que se iba a ir de punta.

Rechoncho, de cuadrado tórax Venegas, y de paso corto trabajoso, como si tuviese que luchar con una irreductible colonia de callos.

Y su inteligencia, hecha de apotegmas, de axiomas, excesivamente lógica, alejaba toda intimidad. Nos dió la sensación de que todo lo había encasillado, moral, amistad, amor, literatura y política.

No habría sido yo, seguramente, el que le contase mis aspiraciones y mis desfallecimientos, mi drama personal en suma.

Más adelante, andando el tiempo y supongo que don Enrique, Armando Donoso y Melfi le atribuyeron excesiva importancia a su libro "Sinceridad", diatriba con algunas observaciones exactas sobre Chile pero que para escribirla debió emplear un tiralíneas en lugar de una pluma, en tal forma es pobre su sintaxis y vulgar su vocabulario.

Ese día de octubre lo acompañaba un inspector nuevo, con un cuaderno de anotaciones en la mano.

Apresurados, aun soñolientos, con el paño de mano en torno al cuello, los muchachos iban y volvían de los lavatorios, para terminar de vestirse.

El estrépito duró algunos minutos; luego, el silencio. Muchos permanecimos en nuestras camas, dispuestos a descabezar dos horitas más sueño. Teníamos certificados de médicos amigos que autorizaban estas levantadas tardes. Era lo que buscaba voluptuosamente el acucioso Vicerrector.

Donde advertía el cuerpo arropado de un niño, se paraba y golpeando con un llavero los respaldares de hierro de los catres, decía con una vocecilla rechinante:

—¡Arriba, juventud!

Y como habían sido cogidos de sorpresa y no entendían, hablaban de enfermedades vagamente. Entonces, se acercaba Venegas, cauteloso y decía con tono zahori:

—¿Diga, niñito, es enfermo o está enfermo?

Y la voz fingida o no, ese **niñito** de raíz tan pedagógica y sobre todo esa distinción tinterillesca, insidiosa **de ser y estar enfermo** nos hacía levantarnos rápidamente, sin protesta alguna. Sabíamos que nos llamaría a su oficina y nos echaría un sermón erudito y edificante. Y así fue, pero no nos aprovechó la jaculatoria, porque nuestra atención fijábase en la ingratitud de la voz, en la pequeña frente acitunada, invadida de pelos cerdosos y en una barbita de cacique mapuche, un dia de guillatún.

Reconozco que sus medidas fueron beneficiosas para el Internado y que su mentalidad, aun empapada de pedagogía trascendental (Oh, Payot y la educación de la voluntad), era superior a la de un profesor común de un Liceo de entonces y de hoy.

Venegas era profesor de Castellano y de Francés; pero, a pesar de su cultura literaria, no reveló jamás ninguna originalidad, ni en la selección de los autores ni en la interpretación estética de los textos.

Me viene a la memoria una tarde de diciembre, de las últimas que pasé en el Liceo y en una clase de Literatura. Venegas llegó a la sala con un libro de tapas rojas de tela y el facsimil de la firma del autor en letras de oro. Era un tomo de poesías de Amado Nervo, edición francesa de Garnier.

Abrió el libro, leyó con su desagradable sonsonete el soneto "Noche Artica", que calificó de disparatado.

Hizo, primero, un elogio del estilo que llamó **racional**, aplicable a la filosofía y a la literatura y en la literatura a la poesía.

En el fondo, intentaba convencernos que el empleo de las imágenes era algo inútil y elemental. No había para qué recurrir a analogías y metáforas. Toda idea tenía un sustantivo para expresarla y un adjetivo para calificarla.

En mi concepto, no entendió la idea del poeta (influido entonces por Gautier y Leconte de L'Isle) que evocaba una noche polar, un desierto de nieve, la luna helada y recortándose, a contraluz, la silueta borrosa de un buque abandonado.

Los tercetos terminaban así:

Ni un rumor. El silencio y la
[blancura
celebraron ha mucho en la infinita
soledad sus arcanos esponsales
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con
[Seraphita
bajo un palio de auroras boreales.

Hizo Venegas un desmedido hincapié en el último verso, que, en mi concepto, es el mejor del soneto y pasa por alto ese **connubio inmortal**, cursi y rebuscado.

Su crítica se redujo, más o menos, a estos conceptos:

El palio es un dosel portátil (eran las mismas palabras del Diccionario de la Academia) **que sirve para que el sacerdote que lleva el Santísimo en las procesiones vaya cubierto**. Nervo, agregaba, al llamar **palio** a la aurora boreal, empequeñece el extraordinario fenómeno del Polo Norte.

Yo le interrumpí:

—Creo, don Alejandro, que la palabra **palio** adquiere un valor cósmico al ser aplicado a la aurora boreal.

—La analogía es muy lejana, joven —replicó.

—Yo creo que le comunica un sentido místico, casi religioso al paisaje. Y agregué: —Peor hubiera sido llamar aurora boreal al palio que usa el cura Espinola en las procesiones.

Hubo un rumor de risas en la clase. Mi intervención no le pareció muy acertada.

—De todas maneras, **niñito** (y aquí el **niñito** lo pronunciaba con el tono de superioridad único en él), el problema no se presta a chistes.

En literatura, Venegas era un neoclásico. Recordaba más al prosaico criticismo de Forner que la gracia de Quevedo o el análisis de un Gracián.

Al jubilar, después de la publicación de "Sinceridad", es justo reconocerlo, sobrellevó estoicamente persecuciones y pobrezas.

Una tarde lo encontré en el Ministerio y me habló de un almacén que había instalado en Malpú. Me invitó a visitarlo, y un domingo llegué hasta su casa.

Me fue más grato verlo ahí, regentando un almacén, que en el Internado del Liceo de Talca. Por lo demás, y esto lo sabían todos en la aldea, la mayor parte de su existencia había pasado a manos de pobres y necesitados sin provecho alguno para él. Se le había nombrado, a pesar de sus protestas, Alcalde del pueblo. Y lo curioso, lo pude constatar personalmente, es que su amigo más íntimo era el párroco de la aldea, un feísimo curita de apellido Urzúa.

A las autoridades eclesiásticas y a las laicas también, no les pareció muy lógico este contubernio entre la iglesia y las logias.

Fuese como fuese, y me atengo a lo que me contaron en el pueblo, el cura respondió para justificarse ante don Crescente Errázuriz, que lo interrogaba sobre este singular maridaje:

—Perdone, Su Ilustrísima, parece que Dios ha querido castigar a los creyentes de poca o mala fe dándoles talento y bondad a los que no creen.

Don Crescente debió cubrir la sonrisa que llenaba su boca escéptica con su mano tosca de navarro, pero el curita fue trasladado a otra parroquia.

MARIANO LATORRE

LA MARAVILLA

Este poema había permanecido inédito desde que fue escrito (1908). Lo encontró la familia de Latorre entre los papeles de su mesa de trabajo. LA GACETA lo presenta como una primicia.

YERGUE a la vera del camino su tallo largo y flexible; crece por encima del pequeño seto que en el pasado otoño se formó con sarmientos ásperos y crespos como cabellos de ancianas campesinas. Como un ojo enorme de negra pupila y de iris de oro, sorprende al viajero que cruza por primera vez estos caminos desolados y silenciosos, donde el agua no remueve el humus fecundante de la tierra... Allí, al pie de una colina, muestra el pequeño río su lecho blancuzco como una cuenca sin ojo... A trechos un retazo de agua pútrida donde persiste todavía la última familia de renacuajos, en un palacio de légamo y de algas... Su vida, mirada por el que pasa, es de una melancolía desolada... Y si no hubiera en toda ella tan sincero modo de vivir, su largo pero robusto tallo, los chillones matices amarillos de sus pétalos y las bijuelas minúsculas que crecen en su base, movería a risa. Y, sin embargo, a pesar de su tosca contextura, tiene poéticos sentimientos... Ama al sol con ternuras de esclava. Inclinada siempre por el peso de las semillas que lleva en su seno, lo adora en una reverencia eterna, cuando la luz parece desprenderse en la mañana de las hojas de los álamos del valle... Ella no puede moverse del corral que rodea la choza, y aunque en la primavera de su vida se empinó curiosamente por encima de la cerca de cumientos, sigue creyendo que el sol es el fruto de esos árboles sin fruto... Lo sigue afanosa por el cielo y lo ama cuando hace madurar los trigales minúsculos del inquilino o hace chirriar a las cigarras en la siesta... En la tarde vuelve un poco la cabeza como una chica enamorada, lo acompaña hasta la caliva colina donde se sumerge lentamente en un mar de luz moribunda y de sombra naciente...

Es una niota chilena, pero risueña que alegra el pequeño cercado de la ruca: allí va perdiendo lentamente pétalo tras pétalo; pero cada hoja que cae lleva una semilla, y mañana, cuando su tallo desgarbado se encorve y se seque, brotarán nuevas flores de su mismo seno...

Su vida es triste: su dulce lozanía, al llegar la primavera, es suave como una sonrisa; pero su fuerza dura poco; al terminar el otoño la savia no parece animar sus tejidos; y va inclinándose lentamente como una anciana, hasta caer y ser barrida por el viento...

¿Sabes, pobre campesina, que me he referido a ti?

Tu vida es la vida de esa flor, tan tosca y tan robusta: como ella no te muevas de tu ruca estrecha y miserable y en tu lejana primavera eres la sonrisa de la casa: la haces alegre con tu carne exuberante, con tus chillonas muestras de coquetería...

Antes que el pesado trabajo ahogue tu alma de mujer, ¿no has soñado con el galán garboso y aventurero más que al campesino que no se mueve de su predio? Tal como la maravilla cuando sigue al sol...

Pero eso dura poco, sonrisa de la ruca: luego serás madre; un hijo tras del otro deformarán la rústica soberbia de tu cuerpo; y cada cosecha y cada hijo pondrán una arruga más en tu rostro y darán un golpe más en tu espalda.

Y morirás como la flor, allí mismo donde has nacido sin que nadie cuide de tu vejez marchita, de la pobre hoja descarriada que el viento de la vida, en un súbito arrebato, arrojó en el rincón de la choza.

Mayo, 1908.

Halldor Killjan LAXNESS

o cantarás para todo el mundo

por Volodia TEITELBOIM

LEEMOS novelas extranjeras, entre otras cosas, para conocer gente, países distintos, pero también para conocernos a nosotros mismos. Pues con todo, ni los hombres ni las tierras de aquí y allá son, a la postre, tan diferentes. Por el contrario, la naturaleza y los seres humanos forman en más de algún sentido un verdadero país común. Siempre habrá entre ellos muchos rasgos de semejanza, no importa cuán grandes sean las distancias que los separen.

Esto salta a la vista al leer la obra de Halldor Laxness, nuevo Premio Nobel de Literatura, Islandia, su patria, y Chile aparecen en el mapa como dos extremos perfectamente opuestos. Pero esa misma condición de "Finis Terrae", de vecinos de los polos, último rincón, terminan por dar a sus llanuras y a sus cielos un aire extrañamente familiar. El Septentrión de las Montañas Azules es primo de la Patagonia o de la Tierra del Fuego. Sin embargo, lo que funde con mayor fuerza los ventisqueros, lo que más acerca es la comunidad en el corazón de los hombres. Tanto es así que a ratos la saga de Bjartur en "Gente independiente" puede compararse en ciertos aspectos con la odisea de más de algún obstinado ovejero de Magallanes, de Porvenir, Puerto Natales, Última Esperanza o de cualquier paraje semiantártico descrito por Francisco Coloane.

Laxness es uno de los escritores capitales de nuestro tiempo. Muy pocos novelistas contemporáneos sobrepasan su talla, su hondura y su capacidad de producir belleza. Y, no obstante, en Chile su nombre suena casi como el de un desconocido. En Santiago ningún crítico literario dijo una palabra sobre él cuando se anunció el premio ni cuando, en el Salón de Conciertos de Estocolmo, el rey Gustavo VI de Suecia le hizo entrega del diploma y de los 35 mil dólares.

Mientras otras figuras harto menos significativas son puestas en paneles de vidrio y se les quema incienso y mirra en el templo de la publicidad moderna, para Laxness ha de bastar el silencio. Se quiere así estigmatizar su coraje, su definición revolucionaria, pero en verdad lo que se consigue por esta vía es castigar al lector y empobrecer nuestro ámbito cultural.

Todo lo cual a Laxness debe importarle un bledo, si es que algún día llega a saberlo. Porque es un luchador de tomo y lomo este islandés, de tez pálida, debido al sol que pasa por la esquina de su casa como un pájaro por el cielo, tal como sucede en Punta Arenas; de cabello ralo, que en otro tiempo fue abundante como un bosque e incendiariamente rojo, como el de un guerrero o de un viking navegante, tocado a menudo con una boina vasca o islandesa —tal como se usa en Magallanes—; mordiendo una pipa añosa, y mirando con bondad reprimida, escrutando, escuchándolo todo, adivinando los sentimientos secretos que este poeta y novelista de cincuenta y dos años revela con el arte del que sabe tocar todas las teclas y pulsar todas las cuerdas del corazón humano.

Este hombre es el corazón ardiente de la isla de los hielos y el novelista de una república de 140 mil habitantes. Nació en su capital, Reyjavik, a principios del siglo, en tiempos de paciencia y también de ira, cuando su padre, obrero de las pesquerías, se lanzó al campo para convertirse en ganadero sin patrón. Halldor pronto fue un pequeño pastor, delgado, enclenque y soñador. En su novela "Gente independiente" está él de niño, en la figura de Nonni, que despierta en la choza antes de que el "día abra su ojo ártico" y comienza a fantasear, a sorprender las voces de las cosas en la extensión del alba, mientras los demás duermen. En la penumbra escucha conversar al cucharón con la sartén. El chico imagina estar tomando sopa de carne, no de un plato, sino de un cubo y es tan gorda que la grasa le chorrea hasta por los codos. Lleno de hambres atrasadas, en seguida se atraganta con enormes tajadas de torta, con ciruelas pasas tan grandes como el ojo de una persona. Tales son los beneficios de los sueños. Se come lo que no se come.

Conoce, entonces, de labios de su abuela el mundo alucinante de los himnos. Su madre está casi siempre en cama y escuchar sus gruñidos le resulta penoso. Veía en ella el sufrimiento de todas las mujeres. Tal vez su padre tenía la culpa. Cuando el dolor cedía, confiaba a la madre sus secretos. ¡Qué cosas ve el niño! —exclama ella. Arrodillado al borde de la cama, él le pregunta:

—Si te vas muy lejos, ¿puedes conseguir lo que deseas? —Sí, mi querido —responde ella. ¿Y ser todo lo que quieres ser? —porfía el chico. Sí, —responde ella, vencida. —Entonces, cuando llegue la primavera —dice el chiquillo—, creo que subiré a la cumbre de nuestra montaña y veré los otros países. —Escucha, mi querido —agrega la madre con tono misterioso— la otra noche soñé algo de ti. —¿De mí? —Soñé que la mujer elfo me llevaba al enorme pesñasco, me daba una botella de leche y me ordenaba que la bebiera. Y cuando la hube bebido, la mujer elfo me dijo: "Sé buena con el pequeño Nonni, porque cuando crezca, cantará para todo el mundo".

HALLDOR KILLJAN LAXNESS

—¿Cómo? —preguntó él. —No lo sé —respondió la madre. —¿Cantaré para el brezal, para los marjales, cantaré también para la gente de la iglesia de Rauthsmyri? Mamá, ¿me enseñarás tú a cantar para todo el mundo? —Sí, cuando llegue la primavera...

Cuando llegó la primavera empezó a cantar para el brezal, para los marjales, para la gente dentro y fuera de la iglesia. Pero no era tenor, ni barítono, ni bajo. Era escritor. Escribió su primer libro a los 19 años. Cuando llegó la primavera, con él en la mano, subió a la cumbre de la montaña de la literatura en Islandia y contempló —como lo había dicho a su madre— los países del mundo. Se hizo a la mar, en el barco que zarpaba de noche, hacia Norteamérica, el país del gran dinero impreso en billetes azules. En esa época —dice Laxness— ir a Norteamérica ya no se consideraba un acto de ignominia y vergüenza, comparable a pedir la ayuda a la parroquia o a ser encerrado en la cárcel. Los emigrantes no eran ya denominados vagabundos, ni ociosos crónicos. Se sufre el deslumbramiento de Hollywood, que, a pesar de promesas, nunca llevará al celuloide su novela "Salka Valka", hasta que los suecos la filman. Cuando regresa sostiene: "El amor es mejor; el amor es más glorioso que Norteamérica. El amor es la única Norteamérica verdadera". Deambula por la Europa literaria de la primera postguerra, bebiéndose todos los ismos, emborrachándose con ellos, para vomitarlos después, para volver a ser libre, pero con una libertad más rica y diferente, con la fuerza de la salamandra que ha pasado por el fuego sin quemarse.

Así afinó su voz de poeta y novelista. Así aprendió a cantar. Ahora el sueño de la madre se ha cumplido: su hijo canta para todo el mundo, ¿pues qué otra cosa significa el Premio Nobel de Literatura?

Pero para ello se hizo primero la voz de Islandia, o sea, cantó para su pueblo, aunque el camino más directo sea el que la nación cante en sus libros, por sí misma, a través de los personajes salidos de las crónicas islandesas, de las Sagas y las Rimas, que en pleno siglo XX siguen improvisando versos según la preceptiva tradicional, con rima al medio y al final, amén de aliteración y de súbito sueltan cuartetas sobre la pobreza, los peligros de las fuerzas naturales o el deseo de un buen año, aliñadas con palabras obscenas.

La imagen apenas velada de su padre se adivina en Bjartur, colono islandés de la décima tercera generación, que, después de trabajar dieciocho años como peón, se hace granjero "independiente". Vive más para el rebaño que para su familia. Lucha contra la lombriz solitaria en el intestino de las ovejas, maldición de Islandia. Las ama, porque ve en ellas la garantía de su libertad. Todo esto en el país de la lluvia eterna, que produce en la gente, con su siseo monótono, repiqueteante, una especie de sensación hipnótica, cuya música de fondo es el balido de los terneros atrapados o el silencio de Rosa, la primera mujer, que muere sola, en oscuras circunstancias, que se asemejan a los decesos ocurridos en las leyendas en las complicadas brujerías de las baladas.

Nada quiere ver con la política, ni con el partido de los grandes terratenientes o compradores ni con el de los dueños de barcos. Desconfía de ambos. Cuando un partido le palmeaba la espalda, el otro le daba golpecitos en las mejillas; si uno le dice "querido amigo", el otro le llama "amor"; si uno lo abraza, el otro lo besa. "Soy un islandés libre", exclama, pero es más bien un islandés solo.

La muerte que más le aterra es la muerte de las ovejas en las nieves. "Cuando hay muerte en primavera, el verano pasa como un funeral, y el alma... ¿El alma? Qué pensamientos cobija el alma en un nuevo otoño..., y al principio del invierno. Y si fuese un invierno largo, ¿entonces qué?" La miseria, a menos que venga... la guerra. Vino la primera guerra mundial, que Bjartur un día

UNA VISTA DE REYJAVIK, LA HERMOSA CAPITAL DE ISLANDIA

- a la vuelta -

NOTAS DE LIBROS

Halldor Killjan Laxness

- de la vuelta -

saludó como la más bienhechora bendición que Dios envió a Islandia desde las guerras napoleónicas, determinando una mayor demanda de pescado y de aceite de ballena.

Pero aquello es como una droga heroica. Al día siguiente se descargó la crisis y se derrumbaron todos sus sueños. Llegó el acreedor hipotecario, y con el remate se desplomó todo su orgullo de pequeño granjero solitario. Es el momento en que el socialismo comienza a hacerse claramente perceptible en Islandia. El político Ingolfur Arnarson, que después llegara a Presidente, proclama en sus discursos: "Es todo mentiras. No podrá realizarse en la tierra hasta que los hombres hayan llegado al mismo grado de madurez que los dioses; pero sus verdaderos propósitos son, lisa y llanamente, el asesinato y la rapiña".

Un hijo suyo se une a los huelguistas. Y Bjartur sabe ahora que el trabajador individual no escapará nunca a la pobreza. Continuará existiendo la miseria, mientras el hombre no sea el protector del hombre, sino su peor adversario. Familias campesinas, cuatro generaciones de las treinta que mantuvieron la vida y la muerte en el país durante un milenio, eran arrojadas de sus tierras..., fugitivas de un suelo como devastado por largos años de furiosa guerra. Esta es la historia de Bjartur, de la Casa Estival, el hombre que sembró toda su vida, noche y día, en el campo de su enemigo.

Escritor de tiempos de convulsión y cambio, heredero de las tradiciones poéticas y revolucionarias de Islandia, además de expresión del espíritu universal de su época, Halldor Killjan Laxness da en su obra una maravillosa combinación de pensamiento y lenguaje, de realidad primordial y fantasía suplementaria, de experiencia personal y sentimiento colectivo. Y no en una obra enteca, sino numerosa y diversa, sea en "Gente independiente", o en la tetralogía "La luz del mundo", "El castillo de Sumarlandsins", "La casa del Escaldo", "La belleza del cielo", basada en la legendaria historia del bardo rebelde, mezcla de Espartaco y Tirteo islandés, Olafur Karason Ljosvikingur. Hace cinco años publicó una trilogía contra la ocupación extranjera, "La campana de Islandia", "La muchacha de los cabellos rubios", "Incendio en Copenhague". Un día vinieron soldados de Norteamérica, esa tierra adonde los islandeses enviaban sus barcos hace más de 900 años, cuando Leifur el afortunado la encontró, fue y la perdió nuevamente, y comenzaron a manipular con un arma infernal. Entonces publicó otra novela como un disparo de alarma; "Planta Atómica".

Ha escrito, además —pecado mortal, que hasta ayer le cerró la entrada al cielo del Premio Nobel—, dos libros sobre la Unión Soviética, "Cuento ruso", "Camino al Oriente", y no para hablar mal, precisamente. Porque es un luchador sin eufemismo, que llama a la hipocresía por su nombre y al imperialismo también. Laureado en 1953 con el Premio Internacional de la Paz, por su actividad creadora al servicio de la causa de la amistad entre los pueblos, ahora la orgullosa Academia Real Sueca ha tenido que rendirse a sus méritos enormes.

Su obra debería ser recomendada a la legión voraz de los lectores de buenas novelas, pero también a los escritores, pues en él encontrarán un gran maestro. Prodigioso poder arquitectónico, equilibrio perfectamente balanceado de la forma y el fondo, que revela desnuda la verdad del corazón y la entrega al público como una propiedad común, como algo que el mismo ha sentido. Y siempre sonando y temblando el vibrato poético, pero de esencias y no de ornamentos vacíos.

Así por su boca y su pluma habla la conciencia de un pueblo.

Y así Laxness canta para todo el mundo, como un día su madre lo predijo.

UNA MONEDA AL RIO Y OTROS CUENTOS

por Nicomedes GUZMAN
Monticello College Edition

ESTE es, con escasa diferencia de tiempo, el segundo libro chileno que aparece, en 1955, en los Estados Unidos. El primero: "Hijo de ladrón", de Manuel Rojas, publicado en inglés; y luego, esta selección de ocho cuentos de Nicomedes Guzmán, que se edita en castellano. Dos de nuestros más grandes autores en busca de un nuevo público.

Los lectores norteamericanos que ya conozcan suficientemente nuestro idioma apreciarán en estas páginas, sobrias y limpias, el vigoroso temperamento de este narrador que, desde su primer libro, ininterrumpidamente, ha pintado la vida de los humildes, entregada a las vicisitudes de la rebelión o a la silenciosa amargura de la impotencia.

En estos cuentos, Nicomedes Guzmán pinta con singular maestría seres vivos, ambientes sórdidos, esperanzas y ambiciones que nacen y mueren asediadas por un oscuro destino. Son relatos que vienen de una observación directa de la realidad y permanecen en el recuerdo del lector.

C. A.

MI MADRINA

por Carlos Luis FALLAS
Ediciones del autor - San José de Costa Rica

SON tres novelas breves, juntas en un tomo, y éste es el tercer libro que publica Fallas después de "Mamita Yunai", la obra que lo consagró, primera de su pluma, traducida ya a 6 o 7 idiomas. Los otros dos fueron "Gente y gentecillas" y "Marcos Ramírez".

De los tres relatos preferimos "El taller", vivísima crónica de un grupo de zapateros en una capital de provincia, cuando, a raíz de la crisis mundial de 1930, la cesantía provoca las primeras luchas.

Sin exagerar, Fallas consigue en este tomo numerosos momentos a la altura de los cuentos de Gorki.

Por sus cualidades literarias de excepción, por su conocimiento profundo y jugosísimo de la realidad, por la sencillez, naturalidad y frescura de su estilo, por la ternura humana con que levanta sus personajes, y por la fuerza ideológica, Fallas ha creado con estos relatos otra de las obras claves del realismo socialista latinoamericano.

J. G.

UN VIAJE POR ESOS MUNDOS

por Gustavo MUJICA

OTRO libro más de un intelectual latinoamericano acerca de viajes al mundo socialista. Ya conocíamos los de Graciliano Ramos, Luis Cardoza y Aragón, Jorge Amado, Alfredo Varela, Joaquín Gutiérrez, Juan Marinello, Olga Poblete y Gregorio Guerra. Todos señalan ángulos distintos y vibraciones emocionales diversas frente a una realidad riquísima, completamente nueva, y celosamente oculta por los siete velos de la cortina de cables. Este libro de Mujica contiene muchas observaciones valiosas y está escrito en forma muy sencilla y amena.

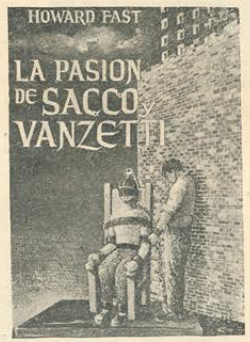
H. N.

LA PASION DE SACCO Y VANZETTI

por Howard FAST
Ediciones "Nuestro Tiempo"

LA revista "Nuestro Tiempo", especializada en temas internacionales, ha lanzado este interesante título con la modesta presentación de "un suplemento" de sus actividades. Sin embargo, la edición de esta novela de Howard Fast no es sólo un valiente esfuerzo, sino un magnífico resultado. La edición es una hermosa muestra en la que colaboraron algunos de nuestros mejores dibujantes y pintores como Julio Escámez, Nemesio Antúnez, Carlos Hermosilla Alvarez, Osvaldo Loyola y Carlos Ruiz. "Nuestro Tiempo" lanzó dos ediciones de esta novela: una en papel fino y una en edición corriente destinada a lograr una amplia circulación popular.

"La Pasión de Sacco y Vanzetti" es la amarga historia de doo sencillos trabajadores de origen italiano llegados a los Estados Unidos tras la divisa de bienestar y libertad. Sus ideas políticas se encuentran más cerca de un idealismo anarquista, y en loo momentos libres de sus respectivos oficios —zapatero, el uno; vendedor ambulante de pescado, el otro— gustan de charlar y soñar con un



mundo mejor. Pero una sucia y criminal maquinación política los ha elegido para hacerlos sus víctimas, golpear a través de ellos al pueblo mismo, ajusticiarlos ejemplarmente y arrastrarlos a la silla eléctrica para escarmiento de los combatientes democráticos.

La novela muestra también la ardiente protesta del pueblo norteamericano, cómo se moviliza y contragolpea a la reacción y al poderoso aparato represivo, y, al mismo tiempo, describe en forma maestra la descomposición de jueces, maestros y demás personajes del régimen y la obsesión del remordimiento que va apoderándose de los pusilánimes que se prestaron a montar y ejecutar el gran crimen contra los dos inocentes.

Howard Fast reafirma en esta novela su condición maestra entre los actuales novelistas norteamericanos.

AURORA SOBRE EL YANG TSE

por Alfonso GONZALEZ DAGNINO
Editorial Vida Nueva

NO es sólo el reportaje admirable de un buen observador que viaja por el país más poblado de la tierra, en medio de una actividad bullente, donde los cambios, la simplicidad y, al mismo tiempo, la complejidad de la vida son el sello característico. Es también una excelente obra literaria, destinada a perdurar. El rigor del análisis se une en este sólido libro sobre China, al rigor de la forma.

González Dagnino sabe en forma extraordinariamente amena describir con entusiasmo lo que le parece bien y criticar cuando la realidad observada, a su juicio, lo merece. Hay pasajes que el lector no olvida, como el consagrado al tema del exterminio de las moscas en la nueva China. Una campaña de masas en que cada uno de los 600 millones de habitantes del país tenía una tarea concreta: un número determinado de moscas debía caer bajo sus manos cada día. Hasta que el terrible flagelo pasó a ser cosa del pasado en todo el territorio. Es una descripción no exenta de humor. Se realizaba en Pekín un congreso internacional de paz. De pronto, revuelo en la sala, loo delegados se sobresaltan, carreras, consultas, todo un ajetreo que termina con un suspiro de alivio. Se había encontrado allí, sobre la mesa, la última mosca de China, cuando se pensaba que ni ésa existía. Fue el fin del último sobreviviente de la especie.

Las escenas se suceden, a través de las 500 y tantas páginas, con la misma gracia. Los temas más arduos se someten al tratamiento, sin perder profundidad. Tras el estilo y el desarrollo liviano, se advierte el trabajo largo y el esfuerzo por que loo cuadros mostrados reflejen lo fundamental. Los pequeños y los grandes heroísmos del trabajo, historia, perspectivas, lo bueno y lo malo.

Alfonso González Dagnino, un joven médico chileno hizo con este relato de sus experiencias en la nueva China, uno de los mejores libros aparecidos en 1955. Tanto por el tema, sobre el cual poco se ha hablado entre nosotros (al menos con buena fe) como por el cuidado literario con que fue escrito.

PINTORES HISPANOAMERICANOS CONTEMPORANEOS

por J. SANZ Y DIAZ
Editorial Iberia, Barcelona

ESTE libro no dice la verdad al juzgar la obra de los pintores de América Latina. Sólo a mediados del siglo XIX nace, para el autor, la pintura de América. Inmediatamente después de la independencia "reinó el caos en las jóvenes repúblicas, que quisieron improvisar civilizaciones originales y gobiernos democráticos entre gentes sin experiencia que no tenían noción de qué pudiera ser aquello". (Pág. 6).

Para Sanz y Díaz, franquista, un pintor como Orozco peca sólo porque "no supo desconectarse de la circunstancialidad que le rodeaba", mientras Rivera, además, es pecador y "satánico" (pág. 7), ya que "con pincel sarcástico, cargado de odio y falsedad hacía los colonizadores que los sacaron de la barbarie antropofágica, pinta los episodios de la conquista española. Naturalmente, encuentra angelical al más consumado dictador americano, Trujillo, a quien le atribuye el haber dado "gran impulso a la pintura y al dibujo" en la República Dominicana. Con desenfado y datos falsos, trueca vivos por muertos, escultores por pintores y calla a los mejores o más significativos. A Pettoruti lo nombra de paso entre "una infinidad de nombres italianos" que, según Sanz, impiden la existencia de un arte nacional en Argentina y calla a los grandes pintores no hispánicos que contribuyeron como ningún español a desarrollar el arte plástico en Argentina, Chile, Perú, Brasil, Uruguay, Bolivia, entre los cuales descuellan Rugendas, Monvoisin, Gras, Cicarelli.

J. S.

- al frente -

SOLOMON R. GUGGENHEIM

Collection of non - objective paintings

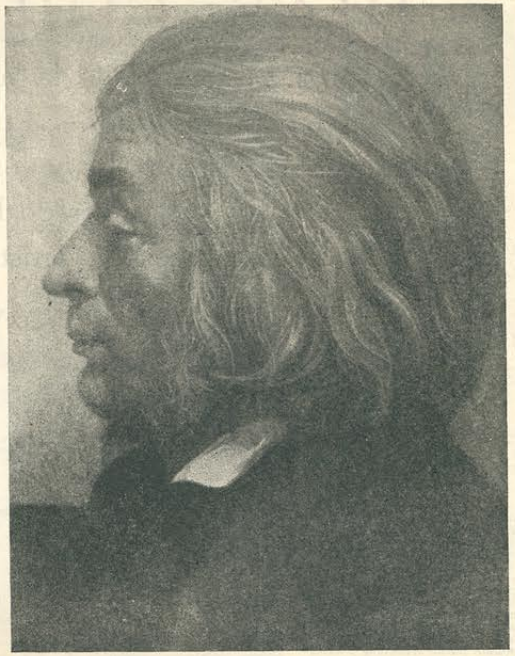
EXISTEN colecciones de pinturas no objetivas. Entre ellas brilla la que formara el señor Guggenheim en su hora. Un plateado catálogo nos indica cuáles son los cuadros del señor Guggenheim y qué es lo que en pintura se llama "no-objetivo". Estamos ante un representante de primera línea de los monopolios norteamericanos, de quien el prologuista del catálogo dice que el haber reunido las pinturas de la colección "hace de él uno de los mayores mecenas del arte que conoce la historia". Veamos los cuadros: 95 pintados por Rudolf Bauer (caricaturista alemán, colaborador de Hitler, muy dudoso valor plástico); 45 por Kandinsky y el resto, hasta sumar 275, por Chagall, Feininger, Gleizes y otros menores. También hay 4 telas de Picasso. Presentando a este pintor se dice: "Picasso, el eficaz realizador de las inspiraciones de otros pintores, no tiene nada que ofrecer de duradero contenido espiritual. El es esencial y solamente útil al comercio en su demanda de producción en masa". Y luego agrega, justificando su presencia en este catálogo: "Sólo por razones históricas fue Picasso incluido en este catálogo, con algunas de sus escasas pinturas no objetivas y, además, para mostrar cuánto más, en relación a él, tienen los grandes maestros que decir".

J. S.

NOTAS *bibliográficas*

* * * **JUDAS ISCARIOTE, EL CALUMNIADO, por Juan Bosch. (Prensa Latinoamericana).** Este escritor dominicano, que actualmente reside en Chile, publicó hace poco un excelente libro de cuentos: "La muchacha de la Guaira". En esta nueva obra se ocupa de Judas, el personaje bíblico, y trata de demostrar que no traicionó a Cristo. Sus fuentes de información han sido, principalmente, los Evangelios de San Marcos y San Juan. Confiesa que este estudio le ha exigido largos años de meditación. No es el primer autor que defiende a Judas con una prolijidad que el ahorcado hubiera agradecido debidamente en momento oportuno. * * * **ELEGIA BAJO LA TIERRA, por Mahfud Massis (Ediciones Polémica).** Versos escritos en un mundo imaginario que sitúa el autor al otro lado de la vida. La muerte mueve todas las imágenes. Una atribulada sensibilidad evoca, a veces, a los hombres y las cosas de la tierra. El sosiego anhelado no está, pues, en parte alguna. * * * **ROSARITO SE DESPIDE Y OTROS CUENTOS, por Fernando Romero (Editorial del Pacífico).** Con encomiable fluidez, este cuentista peruano pinta personajes y ambientes de su tierra. Buen observador de la realidad, en cada uno de sus relatos consigue captar la vida de la gente humilde y de la otra, que dejó de serlo cuando adquirió fortuna y poder. El buen humor suele enriquecer estas narraciones que dejan un buen recuerdo de su autor. * * * **ALCOHOLES, por Guillaume Apollinaire. Traducción, prólogo y notas de Enrique Gómez Correa (Ediciones Mandrágora).** Si es difícil traducir convenientemente a la mayoría de los poetas, Apollinaire agrega a esta general dificultad algunas muy particulares. Gómez Correa las salva con visible acierto. Su versión permite, al lector que ignora el francés, apreciar sin menoscabo su musicalidad personalísima y su ingeniosa creación de figuras.

* * * **SIMBOLICO RETORNO, por Delia Dominguez (Editorial Universitaria).** Una muchacha sureña de no más de 18 años. Una poetisa auténtica. Su nombre sobresale inmediatamente en el círculo, no poco amplio, de escritoras. Se diferencia de la mayoría por la seguridad de sus imágenes, por un vocabulario que no es el habitual, tan sumisamente mantenido, por la hondura de su sentimiento y por la nitidez de su visión. * * * **BARRIO BRAVO, por Luis Cornejo. Cuentos.** Autor nuevo, de extracción popular, de vigoroso instinto literario. Aún crudo, informe, lleno de incorrecciones, pero introductor de una realidad brutal, despellejada, hiriente. Le queda por delante un camino difícil, pero tiene las condiciones para llegar hasta la cumbre.



ADAM MICKIEWICZ, EL GRAN PATRIOTA Y POETA POLACO

Adam Mickiewicz

por Jaroslaw IWASZKIEWICZ

ES una tarea difícil para un polaco hablar a los extranjeros sobre Mickiewicz. Porque es difícil explicar a los extraños nuestra relación con un hombre tan íntimamente ligado a nuestra forma de sentir y de pensar, con un hombre que desde hace cien años ocupa el primer lugar en nuestro panteón nacional. Esto equivaldría a querer explicar el amor que sentimos por nuestro padre, a quien amamos a pesar de sus defectos y cualidades, que lo colocan por encima del común de la gente. Y somos precisamente nosotros, los polacos, los que no sabemos mucho por qué amamos a Mickiewicz, si por sus ascensos o por sus caídas, que nos lo hacen tan cercano.

La grandeza de Mickiewicz es una extraña mezcla de fuego y de agua, de apasionamiento y de locura; que se compone de una política momentaneamente extraña y del más preclaro arte. Cuando se analiza su obra, asombra la gran variedad de géneros; cuando se mira su vida, subyuga su extraordinaria homogeneidad y su posición sin compromisos.

Mickiewicz es al mismo tiempo hijo de su pueblo y de su época. Todo lo toma de las inagotables fuentes del vivir nacional, del río subterráneo del destino polaco: la tradición, el idioma, el sentimiento. Se convierte en el símbolo de nuestra patria y por nuestra patria lucha, con el destino y con Dios. Conscientemente toma sobre sus hombros el peso enorme de esta lucha y conscientemente desea "sufrir por millones de seres". Su misticismo es algo real y palpable: es el darse cuenta tanto de la situación de nuestra patria en aquel entonces como a la vez de su propia posición en la encrucijada de las diferentes tendencias. Se levanta sobre todo esto como aquel "peregrino" que no hace mucho dominaba el movimiento y el ruido de la plaza d'Alma (1) para desaparecer de aquel sitio justo el año dedicado a su conmemoración. Su situación dentro del pueblo es única en su estilo, y el pueblo le rinde los debidos homenajes y lo trata con el debido entusiasmo, que a veces deben parecer incomprensibles para el lector u observador extranjero.

Mickiewicz es también fiel hijo de su época, de esa extraña época llena de nubes y rayos, que demasiado frecuentemente caían en la niebla y se convertían en polvo. Su socialismo utópico y su sistema filosófico, expuesto en la cátedra de literatura eslava en el collége de France, que resumieron en sí toda la genialidad del escritor y toda la originalidad del pensador arrancados del cuerpo vivo de la historia de su patria, despiertan en nosotros admiración.

Entre los grandes luchadores de aquellos tiempos, entre figuras como Mazzini, Kossuth, entre escritores como Michelet, Quinet, la figura de Mickiewicz se destaca por su originalidad. Siempre marcha hacia adelante y aun hoy arrebata a nuestras almas en su eterno peregrinaje, tan genialmente recreado por Bourdelle. Hay raíces de eternidad en su verbo lleno de fuego revolucionario.

El es el más polaco y, yo diría, el más provinciano de nuestros escritores, a la vez que el más genuino representante de ese poderoso grupo de pensadores europeos de la primera etapa del siglo XIX.

Nuestro primer socialista, Stanislaw Worcell, amigo de Hercen, dijo sobre su "Pan Tadeusz" estas extraordinarias palabras: "este poema es como la lápida colocada por la mano del genio sobre nuestra vieja Polonia, donde sus hijos de hoy ven reproducida de un solo golpe a su madre muerta, y en donde pueden leer no sólo toda su alma, sino descubrir sus rasgos cotidianos, que existen en ellos y que son la herencia de las generaciones pasadas para las presentes". Esta obra, cada vez más conocida, cada vez más profundamente amada, será siempre un preciado elemento de la cultura europea y de la literatura progresista del mundo entero. Ahí podemos encontrar la raíz de nuestra futura vida. Gran artista, gran lírico, épico y dramaturgo, conocía las profundas conmociones del alma humana. Entendía lo que significaba la palabra hombre y la palabra libertad. Es para nosotros un inalcanzable ejemplo de la plenitud humana.

Tal vez a mis lectores chilenos no dejará de interesarles el hecho de que faltó muy poco para que Mickiewicz fuera a la tierra chilena. Después de las derrotas del año 1844, cuando el movimiento revolucionario europeo lo desilusionó tanto, su amigo de la juventud y la madurez, Domeyko, le dirigió una sincera y apremiante invitación para que se estableciera en Chile. Domeyko hasta preparó para el poeta una casita no lejos de Santiago, y ardientemente le instaba a que abandonara Europa y se estableciera en la tierra tan amada por el sabio y a la que consideraba su segunda patria. Mickiewicz se alegró con esta proposición, pero después de considerarla la rechazó. Solamente prometió a Domeyko enviar bajo su cuidado a su hijo Wladyslaw, pero este proyecto no pudo realizarse. Sin embargo, hasta el fin de su vida el poeta no dejó de tener correspondencia con su amigo chileno y las recientemente editadas "cartas de Adán Mickiewicz" encierran muchas sinceras y amables palabras dedicadas a la tierra chilena de su amado amigo.

(1) **Plaza de París, frente al puente del mismo nombre.**

DIAS CHILENOS

Rostros y sucesos de la mocedad en Chile • Vendedor a comisión • Los días de la Federación de Estudiantes y los colaboradores de "Juventud" y "Claridad" • Recuerdos de escritores y artistas amigos

por Mariano PICON - SALAS

APUNTE DE PICÓN-SALAS HECHO POR EL PINTOR RAMÓN MARTÍN DURBÁN EN CARACAS EN 1940

SE me hace difícil resumir en un artículo —como lo quiere "La Gaceta de Chile"— mis recuerdos de largos días que viví en ese país, en el tiempo más cálido, cavilosos y entusiasta de mi mocedad. Aparecen tantos rostros, tantos paisajes y sucesos que debería sentarme (cuando sea más viejo) a citarlos y recogerlos en un libro. Chile me enseñó —de estudiante— a poner en orden mis ideas; me gratificó de amistad y de amor (mi hija nació en Santiago) y hasta me enseñó a marchar alguna vez con sus muchedumbres, cuando era la hora de pedir libertad y justicia. Tampoco me impuso durante mi prolongada permanencia ningún tabú de forastero, y era yo quien debía alegar mi discreción de huésped, cuando para tantos proyectos pareciamos confundirnos en una común ciudadanía latinoamericana. Tras de la nieve de sus cordillera y el recato frutal de sus valles y aquel ingenuo esfuerzo con que el chileno quiere presentarse como un hombre reflexivo más que emotivo, hay en el espíritu del país un volcanismo comunicativo que se derrama en amistad sin interés, en pasión por las ideas, en ansia mesiánica de mejorar el mundo.

Al suspender en 1923 mis aburridos estudios de Derecho —para los que no tenía vocación— me fui a Chile por dos razones: primero, el asco y repulsa contra la dictadura de J. V. Gómez que desde la huelga estudiantil de 1921 no cesaba de perseguir estudiantes; y segundo, la ruina económica de mi familia que me impulsaba a la aventura de una nueva vida. ¡A los veinte años creemos que el mundo puede rehacerse y configurarse a la altura de nuestros deseos! Además, surgía en mi una especie de misticismo social: más que abogado próspero con buenas relaciones comerciales, quería ser profesor y maestro para el tiempo en que, sobre la miseria cultural del gomecismo, debiéramos rehacer la quebrantada y humillada educación venezolana. Misticamente renunciaba al Código de Comercio y al Derecho de Minas —señuelo de otros compañeros de generación— en el momento en que se elevaban sobre el lago de Maracaibo las primeras grandes estructuras de acero del petróleo. Venía de una vieja sociedad agrícola y dejaba escapar como un mundo ajeno la oleada de negocios, empleos, poderes y técnicas que esparciría en mi tierra la riqueza petrolera. En mi librito "Viaje al amanecer" hice en parte el registro de aquel drama espiritual de mis últimos años de adolescencia y primeros de juventud.

En Panamá, frente a una agencia de vapores ingleses, tomé pasaje de tercera en un barco que conducía a Valparaiso. Casi me fascinó la circunstancia de que Chile era tal vez el país hispanoamericano más distante de Venezuela; aquel del que conocíamos menos. Con Alberto Adriani, un gran venezolano, tempranamente malogrado, hablamos en alguna ocasión de la esperanza democrática que significaba para el continente el movimiento popular chileno de los años 20 que llevó al poder a don Arturo Alessandri. Un viejo orden pelucón parecía romperse en Chile para dar acceso al pueblo y las clases medias, y la lejana tierra austral se nos encendía a la distancia de nueva vibración revolucionaria. Los chilenos (como los ingleses) saben cambiar dentro de un orden jurídico; son sagaces y honestos y lograron erigir una república sin el odio y continua convulsión que caracteriza a otros pueblos del continente —recuerdo que me dijo Adriani en juvenil lección de Sociología. Y meses después iba yo por el Pacífico que comienza a enfriarse al sur del Ecuador, entre inmigrantes gallegos y asturianos y mozos vascos destinados a trabajar en las casas de empeño que tenían sus familiares en Santiago.

Más primeros recuerdos santiaguinos se asocian con el terrible frío del mes de agosto, el sabor de la chicha invernal y el siempre cálido té de la hospitalidad chilena. Vivía en una miserable pensión de la calle Carmen donde el puchero era magrísimo, la ventana de mi cuarto había perdido sus vidrios, y los dueños de casa —para que les perdonáramos su mediocridad— gloriábanse de conocer a don Agustin Edwards.

Conseguí en los primeros días un ambulante trabajo de vendedor a comisión de dos productos antagónicos: vinos y artículos de escritorio. Y acarreando las muestras de mi mercancía recorrí grandes distancias: desde la Plaza Italia hasta la Estación Central con incursiones a Matucana, Bellavista, la Avenida Matta. No me faltaba una muchacha con quien pasear por el Cerro Santa Lucía, en las tardes más desoladas. Compraba en las librerías de viejo —para informarme de la literatura chilena— números atrasados de la revista "Juventud", de "Claridad" y libros de Pedro Prado, de Edwards Bello, de Barrios, de Latorre. Me hice presente en la Federación de Estudiantes y Abel Saavedra Varas me llevó a tomar un chocolate y a hablar de las angustias de mi patria, en una de las veladas nocturnas del liceo "Federico Hanssen". Conocí aquella noche, entre otras personas, a Eugenio González Rojas, cuyos vibrantes artículos en el periódico "Claridad" ya había gustado, y a otro joven de ancho chambergo, patillas de contrabandista y abrigo oscuro que se llamaba Pablo Neruda. Había publicado en esos días el libro "Crepusculario" y con entrañable voz que parecía venir de los más lloviznosos bosques del sur nos recitó aquel poema, tan integrado a nuestras vivencias moceriles, que se intitula "Farewell":

"Desde el fondo de ti y
[arrodillado..."

Pocos días después volví a verlo en casa de Eduardo Barrios, quien muy generosamente había acudido a ayudarme por recomendación epistolar de la escritora uruguaya Luisa Luisi, maternalmente interesada en las andanzas y desventuras de tantos muchachos venezolanos dispersos por el mundo. (Bondades como la de Luisa Luisi, como la de Eduardo Barrios, como las de otros amigos chilenos que me orientaron en esos días, nos reconcilian con nuestra raza hispano a m e - ricana, la más sensible del mundo, capaz de todo idealismo sin precio; de todo impulso dadivoso del corazón. Era yo un muchacho y merced a Edo. Barrios ya había sido recibido en una sociedad de finos espíritus). Y la hospitalidad chilena, única en América, la que siempre invita a "comer a la suerte de la olla" y la de "tomar once", destaca entonces rostros inolvidables: Armando Donoso y Maria Monvel, a quienes dedicaría mi juvenil librito "Mundo Imaginario"; la encantadora Sarah Hübner, musa de corta visita en la tierra; José Santos González Vera. Martín Bunster Montero que me oyó en aquellos días de fines del 23, una charla en la "Asociación cristiana de jóvenes", tuvo la gentil corazonada de rescatarme de mi aleatorio trabajo de comisionista callejero y presentarme al viejo J. Nepomuceno Espejo, hospitalario y regañón, para que me admitiera como inspector a mérito en el I. Nacional. Así, me dijo Martín, dispones de casa y comida y puedes continuar tus estudios. Y González Vera quien acaba de publicar "Vidas mínimas", para que yo ganase complementariamente algún dinero, me llevó como colega suyo a la heteróclita oficina de don Virgilio Figueroa, quien iniciaba la desorbitada empresa de hacer un diccionario biográfico chileno, desde los héroes de "La Araucana" hasta los más respetables banqueros y políticos del "Club de la Unión". Desde Rengo y Colo Colo, hasta don Ismael Tocornal. Debíamos reseñar no sólo la vida de los héroes y los intelectuales, sino también de los mayores contribuyentes en el registro de bienes raíces. Leí entonces "La Araucana"; parte de la inmensa "Historia general de Chile" de Barros Aranas; algunos libros muy entretenidos de Vicuña Mackenna y hasta los más ociosos tratados de Heráldica y Genealogía. En inmensos cajones poblados de recortes de periódicos y papeletas escritas a lápiz, guardaba el buen don Virgilio, los datos sueltos de sus biografías. Como en las listas de teléfono, había más personajes que argumentos. Caballero a la antigua, digno de entrar en una novela de Dickens, don Virgilio nos invitaba a capitosas y excesivas "onces", de "arrollado", "churrasco" y vino grueso en una quinta de los alrededores de Santiago, y eufórico del buen comer, extraía de un mágico bolsillo citas de viejísimos discursos de Emilio Castelar o Isidoro Errázuriz para que nosotros adornásemos con tan sublime estilo, las reseñas biográficas. Y correspondía a la templanza gramatical y al acre ingenio de González Vera, reducir a párrafos escuetos y noticiosos los delirios estilísticos de nuestro empresario. Además, la obra proyectada era de tal magnitud que se hubieran requerido cuatrocientos años para concluirla. Mermaban los haberes de don Virgilio en tal colosal tarea, y para salvar algo vendió sus cajones de papeles y fichas inconclusas y transmitió nuestras personas, adheridas a la "gleba" biográfica, a Fernando Santiván por cuarenta mil pesos. Santiván quería hacer una obra más simple y manual que la soñada por don Virgilio. Transformar un cajón de papeles en una docena de fichas, y condensar una ficha en veinte palabras era el nuevo programa aséptico. Le acompañamos durante unos meses hasta ordenar y reducir a proporciones humanas aquel establo de Augias de la erudición inútil. Pero a Santiván le llamaban sus tierras del sur que le inspiraron tan fuertes relatos; nos pagó generosamente el último cheque y nos dispersamos en nuevas actividades. Entretanto, González Vera con su rigor lingüístico también me había enseñado a podar los adjetivos sobrantes que proliferaban en mi prosa.

Entré al Pedagógico, y compartí gozosamente la espléndida inquietud de los jóvenes chilenos en aquellos años. Grité con los estudiantes que aclamaban a don Pedro León Loyola cuando su patética proclama contra la "primera junta" que derrocó a Alessandri. Ardiente verano de 1924 poblado de protestas y promesas. Discursos de los oradores políticos de las rebeldes asambleas: Santiago Labarca, Carlos Vicuña Fuentes, Antonio Pinto Durán. "O vivir libres o no vivir" era la hermosa consigna de don Pedro. Y los estudios históricos que hacía en la Universidad y la fervorosa asistencia a los mitines, no nos quitaban la asoleada alegría de ir a bañarnos a Peñaflor con un grupo de muchachos y muchachas universitarias; de las meriendas al aire libre, los bailes dominicales y aquellas excursiones a la cordillera, cuando el tren regresaba al anochecer, trocado en jacarandosa estudiantina. Cantábamos el himno de los estudiantes o las más frescas y labriegas tonadas:

"Un hacendado tenía "guey-
[ces" de todos colores"

Humberto Fuenzalida Villegas, geólogo, Eugenio Pereira Salas, historiador; Eugenio González, filósofo; Juan Gómez Millas, que ya era profesor y no dejó de ser compañero, son contertulios magníficos de aquellos días. Y después los escritores, y el vespertino convivio en la calle Ahumada o en los cafés inmediatos: Latorre, Melfi, Montenegro, Edwards Bello, Latcham; Pablo Neruda que regresaba de la India y adelantaba ya los extraordinarios poemas de "Residencia en la tierra"; los debates del grupo "Indice" en la Biblioteca Nacional, los poetas y narradores "imaginistas" de la revista "Letras" que contaban cacerías de tiburones y hazañas dignas de Sandokán. "Un juez rural", "Veinte poemas de amor y una canción desesperada", "Alhué", "Valparaíso, ciudad del viento", "Lanchas en la bahía", "Chilenos del mar", "Cuentos de mi tío Ventura": títulos de libros magníficos de esos años.

Me danzan en la memoria como para convocarlos en un largo relato todos mis recuerdos chilenos. No he perdido mi gratitud a esa tierra y pregunto siempre a los que vuelven, por Pedro León Loyola o Amanda Labarca, por Pablo Neruda o Juvencio Valle, por Juan Gómez Millas y Mariano Latorre, por Oscar Vera o Eugenio González, por Bontá o Peretti y por muchos compañeros de mocedad que ahora son rectores de liceo, hacendados y gobernadores en Temuco y Antofagasta, en Chillán y La Serena. El invierno de Santiago, una mañana de sol, penetra de pronto en mi añoranza con sus bellas mujeres caminando por la calle Ahumada. O miro el Parque Forestal como en una vieja pintacha de don Pablo Burchard. O propongo en el verano unas vacaciones al muy silvestre lago Budi a oler resinas y copihues. Me he sentado en los más diversos sitios del mundo: en Cabimas, Venezuela; en Ponce, Puerto Rico, en Praga, Checoslovaquia, en Austin, Texas, en Chicago, Illinois, a reatar amistades con muchos chilenos errantes.

Y valdría la pena reducir a proposiciones lógicas —como en una clase de don Pedro León Loyola— lo peculiar e incividable de Chile en mi pequeña experiencia:

1. Es quizás el país más espontáneamente hospitalario, entre todos los hispanoamericanos. Su índole marítima le predispone al coloquio y la más abierta comunicación de las gentes. Mirando al mar, todo chileno tiene la inquietud de lanzarse lejos o seguir la huella de las andanzas, en los ojos forasteros. El vino más capitoso del año y la adobada "cazuela", se ofrecen siempre al que viene con sencillez y buena voluntad. El "pase no más" de los chilenos abre sobria y casi austeramente la puerta de las casas y los corazones.

2. Chile practicó primero que cualquiera de nuestras turbulentas repúblicas un tranquilo orden jurídico, un equilibrio impersonal del Estado, que siempre supo oponerse a la violencia depredadora y al apetito autoritario de los caudillos, o de los aspirantes a caudillos. (No es que idealice su situación social que contiene como la de cualquier otro país hispanoamericano un tenso repertorio de problemas, pero en Chile estuvieron abiertos los cauces de la ley para que penetraran las reformas. Y el respeto al hombre y a la dignidad humana, se hizo arraigada costumbre pública. Se suelen decir en la lucha política las más gruesas palabras, pero se reconoce el fuero personal del adversario).

3. En momentos de adversidad el chileno se defiende con su humorismo viril —como el del roto "pitancero"—, cubriendo con una cáscara estoica el sumo amargor de la vida.

4. Siempre el chileno estudia y quiere mejorar en su profesión. Ningún otro pueblo sabía aprovechar más tesoneramente en los días de buena vecindad, las becas que ofrecían los institutos universitarios norteamericanos. Los vi de silvicultores en Wisconsin, de tecnólogos en Massachusetts y hasta tratando de mejorar las agrias relaciones de grupos raciales diversos en los prejuiciados estados del sur. Y cualquier día cae en mi casa de Caracas, caballero de un embarrado "jeep", un muchacho chileno que explota madera en los llanos de Venezuela, o tropiezo en la calle con un ex alumno de aquellos juveniles días en que enseñaba historia en el Internado Barros Arana o en el liceo Lastarria de Santiago.

Porque también soy un poco "pata de perro", en otro momento iré a pagar mi añorante visita —como quien regresa a la juventud— a tantos amigos, a tantos lugares de la tierra chilena, firmes en la memoria y en el corazón.

CARACAS: 1955

PICÓN-SALAS (SENTADO, ABRIGO NEGRO) EN LIMA, DURANTE UN VIAJE DE ESTUDIOS REALIZADO POR ESTUDIANTES CHILENOS EN 1935. A LA IZQUIERDA, RICARDO DONOSO

MARIANO PICÓN-SALAS EN LA ACTUALIDAD (1955). FOTO DE JUAN MARTÍNEZ POZUETE

ÍNDICE 60 cents.

SANTIAGO DE CHILE JULIO DE 1930. Año I. Núm. 4.

PSICOLOGIA DEL CABALLERO CHILENO

En este número

Psicología del caballero chileno, Ricardo A. Latcham.
Cultura y educación en Chile. Artículos de Alone, H. Saavedra, Gómez Matus.
Negocios antes que Cultura.
Problemas culturales de Estados Unidos L. J. Nattions.
Literatura y Sociología. Luis Alberto Sánchez.
Cuestión del Teatro Nacional. Opiniones de "Indice" y Pablo de Rokha.
La Crítica y los críticos, por Januario Espinosa.
Alfonso Reyes. Su poema a Ricardo Guiraldes.
Literatura hispano-americana en Francia.
Crónica de la Literatura Chilena. Ambiente y libros.
Política en la India. Crónica de "Indice"
Panorama artístico
Retratos de Mussolini y Briand, por Sergio Torgel

PORTADA DE LA REVISTA CHILENA "INDICE", QUE DIRIGÍA PICÓN-SALAS JUNTO A SILVA CASTRO, LATCHAM, EUGENIO GONZÁLEZ Y J. M. SÁNCHEZ. ESTE EJEMPLAR CORRESPONDE AL Nº 4 DEL AÑO I (1930)

EL FESTIVAL DE Teatro Aficionado

por Rubén SOTOCONIL

EN Chile todo el mundo quiere hacer teatro— decía en estos días una señora ante el tablero vacío del Antonio Varas, la sala permanente del Teatro Experimental. Era un comentario de autoconsuelo por la falta de localidades, y también una glosa del momento cultural chileno.

El Festival de Teatro Aficionado que acaba de realizarse en Santiago es una muestra del amplio y profundo desarrollo del teatro en Chile. El teatro es hoy una inquietud popular; se infiltra en liceos y universidades, apasiona a los religiosos y anima la vida y la lucha de los obreros.

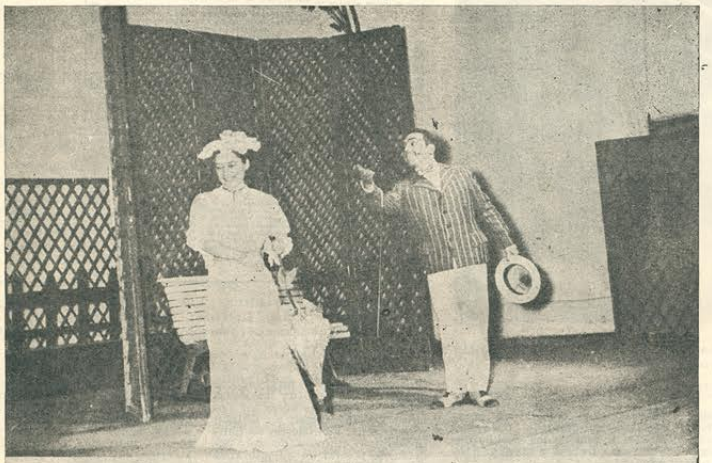
El teatro en Chile parece encaminarse a sus raíces verdaderas y definitivas: nuestra existencia, nuestros problemas, nuestra gente, nuestras esperanzas. Se vislumbra el momento en que será el más eficaz medio de relación social, el vehículo de persuasión colectiva de mayor fuerza y la "entretención" por excelencia.

A medida que crece el teatro, parece circunscribirse a las grandes capitales. Pero los que comprenden la esencia del arte dramático saben que éste se desvitaliza y languidece si no establece contacto con las masas, fuente de toda la cultura. Se trata, entonces, de llevar el teatro a domicilio, de sacarlo del claustro de la sala de estreno y ofrecerlo en toda su humana dimensión al obrero, al empleado, a la dueña de casa, al simple ciudadano. De esta comprensión ha nacido el Teatro Nacional de Francia, los Cómicos del Camino, de Bélgica; el Teatro de Aldea, de Hungría; el Teatro Ambulante del Estado, de Checoslovaquia, los teatros sindicales de la Unión Soviética, los conjuntos ambulantes o gremiales de todas las democracias populares.

El gusto por el teatro en nuestro pueblo se patentiza desde antiguo. El movimiento obrero ha incorporado siempre a su programa reivindicativo la prensa y el teatro. Recabarren y Lafferte —para no nombrar sino a contemporáneos— han escrito y actuado para escenarios gremiales. Las estudiantinas con agregados dramáticos han marchado al unísono con los concursos de aficionados. Existen las academias populares al lado o dentro del Sindicato, conjuntando la inquietud de un barrio o la ambición familiar y del círculo de amigos. En estos últimos cinco años han proliferado los teatros independientes o de bolsillo. Cuando el Teatro Experimental dio "Fuente Ovejuna" al aire libre, una multitud de varios miles de personas soportó el frío y el viento de una noche primaveral hasta las primeras horas de la madrugada.

Y ahora, el Festival de Teatro Aficionado que organizó el Experimental comprueba lo que quiso decir la dama que no logró entrar a una de las jornadas del Festival:

—En Chile, a todo el mundo le gusta el teatro.



ARRIBA: UN MOMENTO DEL DIÁLOGO «MARTES, JUEVES Y SÁBADO», DE AURELIO DÍAZ MEZA, PUESTO EN ESCENA POR EL TEATRO EXPERIMENTAL DE CHILLÁN. ABAJO: EL GRUPO «LOS FERIANTES» EN ESCENA. PRESENTARON «LLUVIA DE OCTUBRE», DE LUIS CORNEJO

Estadística sucinta

Participaron unos 50 conjuntos de todo el país, que debieron movilizarse con sus propios recursos; el gobierno, la autoridad educacional, no cooperó. (El decreto que concedía 200 mil pesos al Teatro Experimental fue echado al canasto de un alto funcionario ejecutivo). Actuaron 24 conjuntos y concurrieron 30 o más observadores. Unas 4 mil personas presenciaron obras de 21 autores nacionales, 8 de los cuales eran absolutamente inéditos. (JUICIO FINAL, de Luis Soto Ramos, Antofagasta; INUNDACION EN MISIPULLI, de Alberto Dalber, La Unión; SILLA DEL SOL, de Clara Brevis, Santiago; YO NO ENTIENDO ESTO, de Juan Danús, San Fernando; AGITACION EN VILLA FELIZ, de Marcos Portnoy, Valparaíso; EN FAMILIA, de César Bunster, Santiago; ENCUENTRO CON LA SOMBRA, de Alejandro Sieveking, Santiago; LA PRIMERA TEMPESTAD, de Hernán Solís, Santiago).

Experiencias de organización

El Teatro Experimental de la Universidad de Chile, organizador de esta jornada, concentró todas sus fuerzas en este primer Festival. Cada grupo visitante o participante tuvo un asesor artístico y administrativo. Hubo que encontrar alojamiento para un centenar de personas, comida para otras tantas, concertar encuentros y entrevistas, pagar la propaganda, conseguir dineros...

Las delegaciones ensayaron todos los días en la sala Antonio Varas, de 9 de la mañana a 2 de la madrugada por término medio, con la sola interrupción de las funciones de presentación (ocho en total). De cuenta del Experimental corrió también el gasto de personal técnico, luz, trajes, maquillaje, utilería, etc.

El único aporte extraordinario —aparte de los $ 100.000 cedidos por el rector de la Universidad— fue allegado por una dama (doña Clara Rosa Otero), que recibió públicamente la calidad de Socia Honoraria, conferido por el Consejo del Teatro en mérito a $ 100.000 salvadores. La nueva socia adquirió un chilenismo "alias", acuñado por todos los miembros del teatro universitario: "La Comadre".

Convención auspiciosa

Del 17 al 19 de diciembre se realizó —simultáneamente con el Festival— una Convención preparatoria del próximo Primer Festival de Teatros no Profesionales, que tendrá lugar en Santiago en julio de 1956.

La Convención presentó al Congreso de Municipalidades un voto para estimular el desarrollo del teatro popular en Chile. ("Una subvención

- pasa al frente -

EN EL CENTENARIO DE VIRGINIO ARIAS

por Jorge SANHUEZA

VIRGINIO Arias, el autor del "Monumento al General Baquedano", de "El Descendimiento" y de 200 obras escultóricas de diverso género, nació en 1855, en Ranquil, en el hogar de sus padres, modestos inquilinos.

Gracias a su talento y a la generosidad del escultor Nicanor Plaza —otro hijo del pueblo— Virginio Arias pudo iniciar con seriedad sus estudios de escultura a los 18 en París. A esta ciudad fue llevado por el profesor Plaza, a su costa, y sólo en mérito de la excepcional calidad artística que el alumno revelaba. Arias vivió en París durante 28 años casi ininterrumpidos, obteniendo, desde temprano, éxitos en los Salones anuales como hasta entonces no había logrado ninguno de los artistas americanos que seguían sus estudios en esa capital. La importancia de estos triunfos —como lo vio sagazmente el gobierno de Balmaceda— residía en el estímulo y vigor que daban (atendidas las circunstancias de la época) a la vida artística nacional, impulsando su desarrollo.

El gobierno creó en 1900 el cargo de Director de la Escuela de Bellas Artes e invitó a Arias a servirlo ese mismo año. El escultor se mantuvo a cargo de la Escuela hasta el año 1911, cumpliendo durante esta sobrepasada década la labor más efectiva, adecuada y necesaria que era dado cumplir desde tal función directiva. Así, correspondió a Virginio Arias la estabilización de la enseñanza artística en Chile, tanto en el campo de las Bellas Artes, en el cual elevó el número de cátedras desde 2 a 16, como en el de las Artes Aplicadas, creando la Escuela de Artes Decorativas. El curso de profesores de Dibujo para la enseñanza secundaria fue también obra suya. Cúpole a nuestro escultor la exclusiva responsabilidad en la erección del Palacio de Bellas Artes, tanto respecto a la iniciativa de la obra, como en lo referente a la obtención del terreno, preparación del concurso para levantarlo, planificación de su distribución conforme a sus funciones y demás medidas que permitieron inaugurarlo en 1910, durante las fiestas del Centenario de la Independencia con una Exposición Internacional que contó con 1.500 exponentes de 20 nacionalidades.

En 1911 la vida de Virginio Arias cambió su curso. Razones menores determinaron que el nombre del escultor no se pronunciara ni escribiera oficialmente sino por excepción o ante ineludible necesidad. Dedicado al trabajo creador, y aislado del mundo artístico, Arias fue siendo olvidado por sus contemporáneos. En esta situación anónima vivió durante 30 años. Su muerte sobrevino en 1941, hace sólo 14 años, pese a lo cual hoy día se nos imagina un hombre del siglo pasado, de otros tiempos, arcaizado por las latinas sílabas que forman su nombre.

VIRGINIO ARIAS

Entre las numerosas obras que Virginio Arias modeló, hay una conocida de todos los chilenos y que ocupa un lugar de gran importancia en nuestra cultura. Es el "Monumento al Defensor de la Patria", frívolamente llamado "Monumento del Roto Chileno", pese a las reiteradas protestas de su autor.

No hay otra obra artística que haya logrado identificarse de un modo tan estrecho con el pueblo que representa, como esta estatua viril erguida sobre su pedestal de piedra en el centro de la Plaza Yungay de Santiago. A ella, desde 1889, el pueblo consagró una fiesta anual, "La Fiesta del Roto Chileno", que se celebra cada 20 de enero a la sombra de los mismos árboles que han hecho, ya, perder su visibilidad al monumento. Allí, desde el año indicado hasta 1929, el pueblo levantaba sus tablados en los que los poetas populares cantaban el heroísmo y la confraternidad asesorados por su guitarrón e ingenio. Los titiriteros, herederos de No Tapia y el "Negro Jería", eran interrumpidos en sus funciones por los aplausos que estallaban en una vecina fonda, los gritos de los vendedores y el bullicio de cientos de hombres del pueblo que cantan, ríen, beben, bailan, agitan pañuelos, pasan volcando vasos y celebrando la vida con regocijado entusiasmo y generosidad patriótica.

El monumento de este "Defensor de la Patria", de este ignorado campesino que

"Es el chileno interrumpido por la cesantía o la muerte"

fue inaugurado en 1888. En la ceremonia (a la que asistió la famosa cantinera Irene Morales), uno de los amigos más íntimos de Virginio Arias, nacido el mismo día que el escultor, Enrique Nercaseaux y Morán, dijo en su discurso, a insinuación de Arias:

"Ojalá, señores, que esta estatua, que inmortaliza al labriego trocado en soldado heroico, nos recuerde todos los días y a todas horas, a grandes y a pequeños, a las autoridades y a los simples ciudadanos, la obligación estricta que nos cabe de contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a mejorar la condición del pueblo".

Su autor, hijo de campesinos, nieto de campesinos, no había cambiado su condición de hijo del pueblo por el hecho de vivir en París. Allí comenzó a ejecutar su obra en 1880. Vivía en esos años sin más recursos que el de su trabajo, duro y de bajo salario.

Al iniciarse la guerra conoció en París a Barros Arana, de quien en 1881 se traducía y publicaba en Francia "La Historia de la Guerra del Pacífico", en respuesta a panfletos acusatorios contra Chile. Esta obra decidió a Arias a realizar su famoso monumento. Comenzó a ejecutar la obra en condiciones de extrema pobreza. No tenía dinero para pagar a un modelo que posara. Decidió hacer de sus propias piernas un molde para así pagar media tarifa al modelo. El asunto trajo complicaciones y pulmonías, pero la estatua fue terminada y presentada, tal como lo muestra el grabado, al Salón de Artistas Franceses de 1882, con el nombre de "Un Héroe del Pacífico". Allí fue premiada con una Mención Honrosa, primera recompensa importante alcanzada por el escultor. En vista de ello, el gobierno, a petición de Alberto Blest Gana, representante de Chile en Francia, le concedió una pensión por cinco años para que continuara sus estudios. La obra fue traída a Chile en 1884 y exhibida en el Salón de ese año. Fue premiada con una Medalla de Oro. La Municipalidad de Santiago la compró entonces en $ 2.400, trasladada al bronce, y dispuso su erección en la Plaza Yungay.

Este monumento fue la obra más importante para la formación moral del escultor chileno. Su estatua quedó esculpida aquí, como un ejemplo para nuestros artistas...

El autor de este trabajo obtuvo el premio único del Concurso de Biografías de Virginio Arias organizado por la Facultad de Bellas Artes con ocasión de cumplirse un siglo del nacimiento del escultor nacional.

MONUMENTO AL «DEFENSOR DE LA PATRIA»

- del frente -

obligatoria... equivalente al 5% del rubro total destinado al desarrollo del deporte y la cultura... Construcción de salas de teatro... Becas para estudiar arte escénico en la capital").

Quedaron puestas las bases para una futura Federación de Teatros No Profesionales, que luchará en todas las esferas por consolidar y ampliar los objetivos del teatro popular.

La ganancia de Chile

Este Festival de Teatro Aficionado ha superado todas las más optimistas expectativas de los organizadores. El entusiasmo de los participantes sólo puede ser comparado al entusiasmo del público, que premió con el mismo calor la libertad de expresión de los liceanos, la vieja técnica de actuación de los obreros o la cautelosa escuela de los conjuntos experimentales.

Los autores de principios de siglo demostraron tanta frescura de estilo y contenido como cualquiera de los bisoños dramaturgos que colocan en primer plano lo nacional y lo auténtico. Esta rápida y afortunada fiesta del teatro señala, finalmente, un camino a la literatura dramática y a los actores chilenos: la exploración científica y apasionada de nuestra tradición, de nuestra realidad humana, de nuestra autenticidad de luchadores y constructores.

Discurso de CUMPLEAÑOS

Relato

por Luis Enrique DELANO

HACE unos días celebramos el cumpleaños de Javier. Estábamos todos con él, todos sus mejores amigos. Llevamos botellas y regalos. Javier sonreía y, rodeados por las arrugas de cincuenta años, sus ojos se estiraban en una fina raya de negro relampagueante. El ministro checo llegó con María, su esposa, de acuosos ojos azules. Llevaban dos botellas de **slivowitz** y un libro con fotografías de Praga. Alex le regaló una boquilla de ámbar, pequeñita, en un estuche forrado en terciopelo rojo. Carlos, un artesano más o menos genial, pero oscuro y modesto, trajo dos pinceles que habían pertenecido a José Clemente Orozco. Dionisio, además de su ancha sonrisa de tajada, traía una garrafa negra, esférica, con riquísimo mezcal, y una bandeja colmada de gusanos de maguey, fritos, dorados, que pronto comenzaron a crujir entre los blancos dientes de Javier. Clarita estaba vestida con una larga falda gris, de tipo monástico, y una blusa de pana, indígena, con bordados en azul. Ella había preparado la fiesta para Javier, los floreros con gladiolos, los antojitos sobre la mesa, que hacían funcionar apresuradamente las glándulas salivares. Mi regalo fue el más modesto: un cortaplumas en forma de pierna de mujer, que había comprado en un mercado de antiguallas baratas. Javier estaba encantado con él.

Javier, es hora ya de que hable un poco de él, es un hombre original y tranquilo, que no se apura por nada, que sigue su camino con una calma envidiable, pero que sabe vivir sus emociones hacia adentro, con gran intensidad. Es pintor y político revolucionario, las dos cosas a la vez y en profundidad. Es activo, serio y sabe reír, como reía el día de su cumpleaños, con los ojos indígenas convertidos en esa raya ardiente y con los treinta y dos dientes perfectos.

Primero nos comimos cuanto había sobre la mesa: los charales, las pequeñas salchichas, las papas fritas, los trozos de abulón frío regados con jugo de limón, los cacahuetes salados, el guacamole, las aceitunas, los gusanos de maguey, los pepinos en vinagre, mientras bebíamos ardientes copitas de tequila y mezcal. Después llegó la barbacoa y más tarde un plato de arroz a la cubana, con frejoles negros y monedas de plátanos fritos. Entonces bebimos vino y cerveza, y después del postre —había mangos de Manila de pálida carne amarilla, mandarinas y chongos zamoranos— apareció el café, servido en unas estupendas tazas que parecían salidas de los hornos de Picasso en Vallauris, pero que no eran sino la obra de modestos artesanos de Zinzunzan, en las orillas del lago Pátzcuaro. Y luego, en medio de la alegría general, surgieron dos botellas extranjeras, venidas de Jamaica, que fueron muy bien recibidas y cuyo contenido bebimos mezclado con agua de Tehuacán. Javier prefería el ron puro, en un pequeño vaso de grueso cristal que descomponía la luz que entraba por la inmensa ventana del departamento.

Después apareció una guitarra y las canciones llenaron la sala. Yo estaba sentado junto a Javier y escuchaba a ratos los comentarios que hacía en voz baja sobre las canciones, las delirantes canciones mexicanas. Nunca lo había visto tan feliz, ni siquiera en víspera de sus viajes, sus grandes viajes que solían alejarlo por dos o tres años de México. Javier no había bebido en exceso, pues era la moderación en persona, administrador en pequeñas dosis de sus goces, tales como los del día de su cumpleaños; pero la luz que iluminaba sus ojos y sus cabellos empecinadamente negros, peinados hacia atrás, tenía un brillo particular.

—¿Qué tal te sientes?

—Feliz —dijo sencillamente—. Uno de los días más alegres que he tenido.

Estaban sus mejores amigos, la sala llena de canciones y la alegría flotando en todos los rincones: en el barniz de los cuadros de Javier sobre las paredes; en las sillas en que nos sentábamos, diseñadas por Clarita; en la lámpara que Javier había confeccionado utilizando la concha de un armadillo; en la fotografía de Stalin junto a la mesa de trabajo; en el toromiro oscuro, con ojos de concha, que había llevado de Chile; en la máscara antigua, de origen tarasco, hecha de cuero y coronada con una inmensa cabellera blanca de crin de caballo.

Hasta que vino la inevitable petición de un discurso, que alguien tuvo la iniciativa de hacer y que luego se convirtió en exigencia general:

—¡Que hable Javier, que hable Javier!

—Tienes que hablar, Javier.

—Sí —dijo—, no hay más remedio.

—¡Que hable Javier, que hable Javier! —seguían gritando los amigos.

Cuando Javier se levantó, hubo una salva de aplausos.

—¿Vas a hablar corto o largo? —le pregunté.

—Me parece que largo —dijo.

—Entonces, tómate otro trago. Y vacié el ron que quedaba en su vaso.

—¡Salud! —dijo Javier.

—¡Salud! —coreó la alegre concurrencia.

Después se hizo un silencio que sólo interrumpió la gata negra de Clarita al trepar a un sillón, donde se estiró larga y sensualmente; cerró los misteriosos ojos amarillos y pareció dormirse.

Javier dejó su vaso sobre la mesa y se dispuso a comenzar.

II

"BUENO... francamente, éste es uno de los momentos más emocionantes de... de mis cincuenta años... A veces me parece que fueran ochenta, tanto he vivido, tanto he visto... Pero entre todas las emociones que el hombre experimenta a lo largo de sus años, algunas se quedan grabadas de un modo tan... tan profundo, que el tiempo no las borra"...

Me pareció que era justamente el comienzo adecuado de un discurso para una ocasión como ésa, un discurso de cumpleaños. Algunos habían aprovechado la pausa de Javier, para llenar sus copas.

—"Creo que si miro a través de esos cincuenta años —siguió diciendo Javier—, sólo encuentro en el inventario de las cosas que he visto o que me han contado, tres momentos semejantes a éste, en que el corazón se haya llenado de tal manera de emoción"...

—¿Cuáles son? —interrumpió impetuosamente la colorina Ruth.

—¡Cállate, Ruth! —le dijo Alex, su marido, en voz baja.

—¡Sí, que los cuente, que los cuente!

—"Bueno, los contaré... Esos tres momentos han ocurrido a lo largo de mi vida en años muy separados y no tienen nada que ver el uno con el otro, salvo este elemento común: la emoción que me hicieron vivir"... Javier miraba hacia el suelo, como buscando en la textura del tapete de lana caxaqueña, las figuras, los paisajes, los rostros que iba a evocar. "El primero de estos tres momentos ocurrió hace muchos años, quizás veinte o veinticinco. Acabábamos de abandonar una reunión del Partido en una casa de Puebla... Estábamos en plena ilegalidad y la policía nos seguía los pasos de cerca, especialmente a un camarada y a mí, que habíamos ido desde México a hacer un importante informe en esa reunión. Eran las diez de una noche oscura, sin luna, y no teníamos medio alguno de volver a la capital. Nuestra única posibilidad consistía en tomar un camión de pasajeros al día siguiente y pasar la red policial confundido con los campesinos y viajeros... Caminamos un par de cuadras acompañados del secretario del Partido en Puebla y llegamos a una posada, donde solían pasar la noche los arrieros y gentes del campo que iban por sus negocios a la ciudad. Un hombre surgió del zaguán arrastrando tres caballos por las riendas.

—Monten —nos dijo el camarada secretario.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro donde pasar la noche.

—¿Pero sería necesaria tanta cosa? ...Podríamos dormir en la posada o en algún hotel modesto.

—Camaradas —dijo el secretario con sequedad—, yo soy el responsable de la libertad de ustedes, mientras se encuentren en Puebla. Déjenme, pues, obrar a mi manera. He tomado las precauciones necesarias y a ellas me atendré.

—Está bien, camarada —respondí humildemente.

Y echamos a caminar por las calles empedradas hasta salir a un camino que llevaba al monte. Apenas veíamos por donde marchábamos, pero nuestros caballos seguían al del secretario, lentamente, por la huella. Al cabo de unos tres cuartos de hora de marcha, salimos del camino y enfilamos hacia una casita de barro donde se veía brillar una luz a través del hueco de la ventana. Echamos pie a tierra y una sombra que surgió de la noche cogió a los animales de las riendas y los arrastró hacia un corral. El secretario abrió la puerta.

—Pasen, camaradas —dijo.

En el interior de la casita había dos camas, una silla y una mesa sobre la cual se hallaba la vela encendida.

—Aquí están seguros, duerman tranquilos y no se apuren mucho para levantarse. El camión a México no sale hasta las nueve de la mañana. A las siete vendré a buscarlos.

El camarada que me acompañaba y yo nos acostamos y en medio de ese silencio —que interrumpía sólo un ruido que me pareció de ratones en el techo— no tardamos en dormirnos. Un poco antes de las siete, el camarada de Puebla estaba allí. Nos vestimos y abandonamos la casita, en una mañana clara. Los caballos estaban esperándonos, atados a un árbol. Montamos y antes de que hubiéramos dado muchos pasos, recibí mi segunda lección de aquel camarada provinciano, cuando contestó un comentario algo descomedido que hice yo.

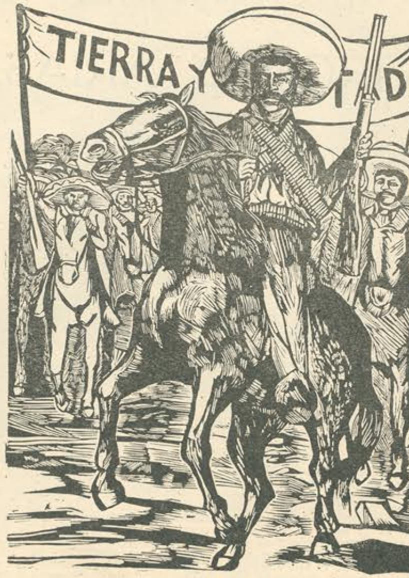
—Bah —dije—, creo que no valía la pena, compañero, que se molestara en habernos traído aquí. Si la policía hubiera llegado, nos habrían pescado en una ratonera, solos, sin vigilancia.

El secretario sonrió sin malicia, detuvo su caballo y extendiendo el brazo, señaló hacia la casa. —Miren allí —dijo simplemente.

Nos volvimos entonces y vimos. A treinta o cuarenta metros estaba la casa parda en que habíamos dormido. Sobre el techo de ella, dos figuras, las de un hombre y una mujer. El tenía un ancho sombrero de petate y ambos empuñaban sus fusiles de agraristas y tenían el pecho cruzado por sus cananas repletas de balas. Aquellas figuras, que parecían arrancadas de una estampa zapatista, nos saludaron levantando sus brazos.

Después echamos a andar.

—Estuvieron bien cuidados —nos dijo el camarada de Puebla—. Tenían instruciones de no dejar aproximarse a nadie a la casa".



III

LA emoción de Javier, revivida para nosotros en su breve relato, nos había tocado de veras. Nadie habló, hasta que el propio Javier continuó con su original discurso.

—"Esa fue la primera de las escenas que se me han quedado grabadas para siempre —dijo—. La segunda pasa unos años después, en un pueblo del Estado de Chiapas, donde me encontraba ocasionalmente. Había estado buscando ciertas plantas de las cuales extraigo pigmentos que luego preparo y mezclo y que me sirven para pintar; son colores muy sólidos, invariables, que ni el sol ni el tiempo destiñen... En una de mis excursiones por la selva, disparé mi carabina sobre un tigrillo muy hermoso. Al principio pensé en desollarlo y traerle la piel a Clarita, para que tapizara una silla. Pero era un animal tan bonito, que luego cambié de opinión y quise tenerlo entero, embalsamado. Me dieron la dirección de un taxidermista bastante famoso en esa zona. Había sido antes un gran cazador, pero ahora, viejo ya, no iba a la selva sino que se ocupaba de embalsamar animales y pájaros que vendía más tarde a los colegios y a los museos. Su taller era una mezcla de olores extraños, entre los que predominaba el de la naftalina, de pieles de fierecillas, de plumas de colores, de frascos, de bisturíes. Me llamó la atención un pequeño mono embalsamado, de no más de medio metro de altura, que parecía jugar cogido a la rama de un árbol. Si ese ejemplar no se hubiera encontrado en el taller de un taxidermista, sino fuera, al aire libre, se habría pensado que estaba vivo, tan natural y vital era su expresión.

- al frente -

Me sorprendió encontrarme con un hombre de edad, pero extraordinariamente fuerte, erguido, delgado. Sus sesenta años se habían refugiado en su pelo blanco, que escaseaba. Tomó el encargo, discutimos el precio y conversamos largamente sobre animales. El taxidermista sabía mucho de la fauna de la región. De pronto, una pregunta mía pareció intranquilizarlo. Fue cuando le pregunté por qué no iba ya a la selva a cazar. Entonces me contó esta extraña historia:

—Algunos dicen que dejé de cazar porque me siento viejo, pero no hay nada de esto —me dijo—. La verdad es bien diferente. Hace ocho o diez años que abandoné la caza y me dediqué exclusivamente a embalsamar lo que otros matan. Fue porque me ocurrió algo... algo muy impresionante. Un día andaba en la selva. El Museo de Chapultepec me había encargado una mona, un ejemplar adulto para reemplazar el que tenían, que se lo comió la polilla. Había visto varios ejemplares entre los árboles, pero ninguno me satisfacía, hasta que encontré el que buscaba; estaba bastante alto. Disparé y le di en el pecho, casi justo en el corazón... Pero el animal no cayó de inmediato. Pensé que la puntería me habría fallado, pero era raro, porque había oído gritar a la mona y llevarse la mano a la herida. La vi moverse entre las ramas. Trepó un par de metros entre las hojas y me disponía ya a hacer un segundo disparo, cuando me di cuenta de lo que pasaba: sin dejar de gritar destempladamente había cogido a su hijo, un monito casi recién nacido, que se aferraba a su cuello, y bajaba a saltos, de rama en rama. No tuve valor para disparar de nuevo. La mona llegó al tronco y agarrándose con pies y manos, descendió a tierra... Avanzó hasta mí, dejó su hijo a mi lado y cayó muerta... Había venido a entregar su retoño al matador, pidiéndole piedad para el recién nacido... Dígame, ¿a qué cazador le ha ocurrido algo semejante?

—¿Y luego? —pregunté.

—Luego, no volví a disparar mi carabina contra un animal, crié al monito, que vivió comigo hasta su muerte, y después lo embalsamé. Ahí lo tiene usted..."

Todos callábamos. El discurso de cumpleaños, que comenzara vacilante, pero tranquilo, tomaba contornos dramáticos. Algunos bebieron. Alguien, no recuerdo quién fue, dijo:

—Es emocionante, Javier, pero con esta historia vas a echar a perder la alegría de tu cumpleaños... ¿No tienes algo más... más alegre?

—Precisamente —contestó el festejado—, el tercer momento, el que pensaba contarles ahora, es más... sonriente... Pero como pidieron que les señalara las grandes emociones de mi vida...

—Bien, adelante, entonces.

IV

"BUENO, ahora tenemos que alejarnos mucho de México... Fue cuando estaba en la Unión Soviética... Ustedes saben que viví tres años allá... Este recuerdo data de poco después de mi llegada, en 1929... Trabajaba en un pueblo, como dibujante en una fábrica... No sabía una palabra de ruso, pero me sentía feliz mirando la gran transformación que se operaba ante mis ojos... Recuerdo también que era un invierno exageradamente frío y que había nevado.

La tarde de un domingo estaba en mi alojamiento escribiendo una carta a México, cuando unos obreros de la fábrica me fueron a buscar. Había fiesta en casa de uno de ellos, nunca pude saber por qué motivo, pero el caso es que esos camaradas querían que el **tovarich** de América participara de su alegría. Me metí en mi grueso abrigo y me puse el gorro de piel. El frío cortaba, en la calle, pero dentro de la casa donde me llevaron, todo era distinto: el hijo del dueño se encargaba de que la chimenea estuviera bien provista de leña. Había seis o siete obreros a quienes conocía de vista en la fábrica, algunas muchachas muy hermosas (qué lástima no saber ruso, me decía yo) y los dueños de casa. Me dieron pastel de manzana y un gran vaso de **vodka**, que empecé a tomar a sorbitos, ante las exigencias de los camaradas. En el momento que llegue al fin, pensaba, estaré más borracho que una cuba. Con gran sorpresa de mi parte, me tomé todo el vaso y la mitad de otro conservando casi íntegra mi serenidad.

No le ocurría lo mismo, sin embargo, a uno de los compañeros. Lo había visto beberse media botella de **vodka** y hablaba con abundancia de gestos, exclamaciones, ademanes con los brazos y palmadas en las espaldas de sus interlocutores. De pronto se aproximó a mí y comenzó a espetarme un largo discurso del cual no comprendí sino la palabra **tovarich**, repetida varias veces... ¿Qué me dijo? No lo sé, pero luego vi que algunos compañeros lo alejaban de mí, como a un niño mal educado, y me hablaban como explicándome algo, como disculpando al otro por alguna supuesta impertinencia, que yo, desde luego, no había comprendido. El hombre se fue a un rincón, con toda la apariencia de estar profundamente avergonzado por algo incorrecto que había hecho. Con la cabeza entre las manos, miraba hacia el suelo. En un momento pensé que iba a ponerse a llorar... Pero no lo hizo, se levantó y sin decir nada, abandonó la casa.

Nadie pareció darse por enterado de su ausencia, porque la fiesta siguió. Alguien trajo una guitarra y dos o tres parejas bailaron. Los camaradas me rodeaban y me miraban como preguntándome si estaba contento. Y yo no podía decirles sino con mis ojos todo lo feliz que me hallaba, medio embriagado por la amistad, la música, la alegría y el **vodka**.

Había pasado una hora, cuando golpearon a la puerta. Todos los ojos se volvieron a ella y cuando el dueño de casa abrió, vimos entrar al que se había ido después de sufrir los reproches de sus compañeros. Venía resplandeciente. Se quitó la gorra y avanzó hacia mí. Traía en la mano una rosa, una auténtica rosa, roja, hermosa, que me entregó mientras me decía algunas palabras que no entendí. Le di las gracias en español y nos abrazamos. Los concurrentes miraron la escena con ojos de complacencia y palmotearon la espalda del hombre que había ido a buscar, sabe Dios dónde, en ese lugar y en pleno invierno, la más hermosa rosa que nunca he visto"...

Hubo aplausos. Javier no creyó conveniente agregar ninguna otra palabra. Se sentó junto a mí y cogió su vaso.

—¿Qué te pareció? —me dijo.

—Es el más extraordinario discurso de cumpleaños que se haya pronunciado jamás —contesté.

MEXICO, 1941-SANTIAGO, 1955. (Este relato pertenece a "Días en México", libro en preparación).

DEL ANCHO MUNDO

Guayaquil

* * * **El pintor chileno Pedro Lobos partió a su patria después de permanecer en Guayaquil tres meses y realizar en ésta una exposición con mucho éxito bajo el patrocinio de la Casa de la Cultura. Lobos volverá a comienzos de 1956, posiblemente en marzo, a pintar diversos murales sobre faenas de la región. Dictará, además, clases de grabado en la escuela de Bellas Artes de Guayaquil.**

Pekín

* * * Se celebra en estos días una jornada cervantina, organizada por la Unión de Escritores de China, con motivo del 350º aniversario de la publicación de "El Quijote". Se espera la llegada del poeta chileno Angel Cruchaga Santa María (pasó por París, donde dictó dos conferencias y recibió proposiciones para publicar una antología de su obra en francés, y luego por Varsovia, donde participó en el homenaje al poeta polaco Adam Mickiewicz).

Río de Janeiro

* * * **Un concurso apasiona a los brasileños actualmente. Consiste en la traducción al portugués de un soneto de Gabriela Mistral. Hasta el momento se han recibido trabajos de 200 postulantes. El premio consistirá en libros y vinos chilenos.**

París

* * * Con una importante ceremonia presidida por Georges Lecomte, secretario de la Academia Francesa, se celebró en la Sorbonne el centenario de la muerte de Adam Mickiewicz.

La revista "Europe" también conmemora al gran poeta polaco consagrándole su último número; una exposición Mickiewicz se ha abierto en la Maison de la Pensée Francaise; la UNESCO publica una antología de textos de Mickiewicz editada por Gallimard.

* * * **El Museo de Arte Moderno consagra una importante exposición a la obra del pintor uruguayo Torres García.**

* * * A continuación del reciente Festival del Cine Francés celebrado en Moscú y Leningrado, acaba de inaugurarse en París una Semana del Cine Soviético. Se estrenarán sucesivamente en París y Burdeos ocho películas soviéticas de largo metraje, varias de ellas premiadas en los últimos festivales de Venecia, Cannes y Karlovy-Vary, como "La Cigale", adaptación de un cuento de Chéjov; "Scanderbeg", notable película histórica filmada en Albania; y "Romeo y Julieta", ballet cinematográfico que combina la obra de Shakespeare y la ópera de Prokofiev y en el cual se destaca la actuación de la famosa ballarina Galina Oulanova.

Venida especialmente de Moscú con motivo de este festival, una brillante delegación de cineastas y actores soviéticos presidida por el viceministro de la Cultura, Vladimir Sourine, ha sido recibida con el más vivo entusiasmo por los círculos cinematográficos franceses como por el público en general.

* * * **El Premio Femina de Literatura ha sido otorgado al novelista André Dhotel por su último libro "Le pays oú l'on n'arrive jamais" y por el conjunto de su obra. André Dhotel es también profesor de filosofía, poeta y ensayista.**

* * * Un éxito sin precedentes obtuvo este año la venta de libros organizada por el C.N.E. (Comité Nacional de Escritores). El producto de esta venta —destinado a las obras sociales del Comité— alcanzó la cuantiosa suma de 10.000.000 de francos. Durante las llamadas "Seis horas del Libro", un público numeroso y entusiasta invadió el vasto recinto del Velódromo d'Hiver, donde 128 escritores asistidos por 130 "estrellas" del cine, del teatro y de la radio, vendían y dedicaban personalmente sus obras. Los puestos más concurridos por los cazadores de autógrafos fueron sin duda: el de Jean Cocteau, cuya reciente elección a la Academia Francesa ha acrecentado su ya considerable notoriedad; el de Paul Eluard, atendido por la viuda del poeta y el actor Gérard Philippe; el de Aragon, que firmaba acompañado por Madeleine Renaud y Jean Louis Barrault; y el del famoso cantante Yves Montand, que acaba de publicar un relato autobiográfico.

Entre las obras de autores extranjeros más solicitados figuraron "Canto General", de Pablo Neruda, que se vendía en el puesto de su traductora, la poetisa Alice Ahrweiler, y las "Elegías Antillanas", de Nicolás Guillén, que asistía en persona a la venta acompañado por su traductor, Claude Couffon.

Moscú

* * * **Ha comenzado a aparecer "Literatura extranjera", revista paralela a la conocida "Literatura soviética", que publica la Unión de Escritores Soviéticos. Está destinada a dar a conocer en la URSS a los grandes escritores contemporáneos de todo el mundo, partiendo en su primer número con la publicación de "La cortesana respetuosa", de Jean Paul Sartre, en una nueva versión.**

* * * Se prepara una edición —con alto tiraje— del cuento largo "El viejo y el mar", del escritor norteamericano Ernest Hemingway.

Varsovia

* * * **El pintor mexicano David Alfaro Siqueiros ha sido invitado por el Ministerio de la Cultura de la República Popular de Polonia para pintar los murales de un estadio de Varsovia. La decoración comprenderá pintura y escultura y su conjunto cubrirá una superficie de 3.000 metros cuadrados. Veinte pintores y escultores de diferentes países ayudarán a Siqueiros en la ejecución de la obra.**

Caminando la Patria

EL NORTE CHICO

Acaba el cronista de volver del Norte Chico. Las gentes allí están desconsoladas. La sequía amenaza a toda la zona. Están comenzando a morir por centenares los animales. Los campesinos pobres, los pequeños agricultores, tienen una mirada dura, como aquellos cerros impresionantes, aquellas cuestas espinudas.

Coquimbo es el único pedazo flotante de Valparaíso en la tierra chilena. No hay otro Valparaíso en América. Veracruz tiene menos milagro. Valparaíso se llevó toda la trágica belleza de los antiguos puertos. Y en Chile no se le parece Puerto Montt finistérrico, ni Valdivia fluvial, ni Antofagasta arenoso.

Coquimbo tiene las escaleras de cerro, la miseria de sus callejones, el afán azaroso. Y un río prolífico de chiquillos incorregibles, alegres y desarrapados, que baja de los cerros.

La Serena está adornada como una torta de novios en el comedor de un conventillo. Alrededor de ella se extiende la miseria, los problemas de mineros y de campesinos, el nudo triste de la patria. La Serena tiene todos sus edificios recién pintados y se baila en los salones como en los mejores tiempos con animador profesional y todo. Hay una alameda de hermosos y altos árboles. Con el mal gusto de los ricos recientes, han dispuesto en la hermosa arboleda dos corridas interminables de estatuas. Una o dos reproducciones romanas o helénicas, tipo Discóbolo, y las demás son copias de Canova y de otros italianos de la decadencia. Algunas esculturas son monumentos de cursilería, trasladados, así parece, de nuestros cementerios del 1900.

Las esculturas nacionales son lo más escogido entre lo peor de nuestros mejores escultores.

Nada más agradable que salir de La Serena por esos caminos secos de la provincia. Los incas dejaron allí la mejor escuela de cercos y las pircas del Norte Chico son las más bellas de la República.

¡Qué linda piedra y qué bien manejada!

Cuando se hace el largo camino de la carretera Panamericana (¿y no se llamaba Roosevelt?) se andan cientos de kilómetros viendo por lado y lado un interminable alambrado de púa. Chile, así mirado, parece el más grande campo de concentración sobre la tierra. Del otro lado del camino, y a través de las púas, sólo se ven extensiones y extensiones, zarzamora, malezas. No se ven casas, no se ven hombres, sólo alambre de púa. Terrible, aterrador, odioso alambre. Es la zona de las grandes haciendas. Y se ve el paisaje a través del alma desierta de estas grandes posesiones.

En el Norte Chico la propiedad es más pequeña. El drama reside allí en las comunidades, en el zarpazo que de cuando en cuando reciben de leguleyos y violentos. De los ricos. Pero los cercos se han humanizado a la medida del hombre. Las nobles pircas. Son los únicos cercos tolerables, piensa el cronista, mientras camina y camina por las áridas tierras y los pequeños valles felices. Triangulares, maravillosas culebras de piedra que dividen el polvoriento territorio como cadenas naturales. De cuando en cuando una manifestación de quiscos gigantescos con sus mechones de quintral encendido.

Estos quiscos (Cereus) y dispersos algarrobos forman la única vegetación alta de los sierras. A tres mil metros de altura grandes manchas de nieve se han quedado inmovilizadas en las faldas frías.

En Ovalle el cronista conversó con el farmacéutico del pueblo. El señor Carlos Jiles es botánico. Su gabinete está lleno de paquetitos de semillas, de plantas que él descubre en sus peregrinaciones por las cumbres desoladas. Conversamos del "sandillón", sin duda el más hermoso de los cactus chilenos. Su masa verde es un hemisferio formidable recubierto de espinas. La mayoría de los chilenos no conoce este cactus andino. El Sr. Jiles distingue dos especies. Una de ellas, la que crece a 4.000 mts. de altura, se corona de rojo y de ahí deriva su nombre científico, que el cronista ha olvidado.

El cactus es una planta americana. No existe en ningún otro continente. Por algún misterio impenetrable de la naturaleza coexistieron únicamente en las Américas el cactus de la tierra y el colibrí del aire. Este minúsculo arcoiris en vuelo agita su deslumbrante tesoro sólo en el cielo nuestro.

El señor Jiles nos revela que hay sesenta especies diferentes de cactus entre Arica y Magallanes. Nos habla también del fabuloso bosque de Fray Jorge, cerca de la costa, resto milenario de la antigua selva americana, como el pequeño y hechizado manchón de Las Petras, en Algarrobo. Ha sido un placer para el cronista conversar con este sabio escondido.

En la plaza de Combarbalá se reunieron los habitantes del pueblo para escuchar a los mensajeros de la paz. A través del aire diáfano los rostros arrugados de los campesinos miraban extensamente a los oradores. El Gobernador y todas las autoridades escucharon con intensa atención, junto a los mineros y a los campesinos, el relato sobre las cenizas de Hiroshima. Era hermoso ver aquel grupo humano, acercados unos a otros por los tormentos y las amenazas de nuestra época.

Illapel es tal vez el más bonito de los pueblos del Norte Chico. Para llegar allí subimos la durísima cuesta de Los Hornos. Horas de escarpados abismos, tierras de espinas y cielo grande, abierto. Frente al cronista avanzó todo el tiempo un camión pobre, de pobres mineros, cargado de mineral de oro. Duro trabajo en las alturas para un montoncito de piedras de baja ley. Y así llega el cronista a Illapel, orgullosa de sus dos siglos de historia dormida con algunas chispas locas en su sueño: el hijo de don José Miguel Carrera y don Benjamín Vicuña Mackenna dando balazos por sus calles.

Hasta aquí llegaron los grandes latifundios de la Colonia, los de La Pica, los de Salamanca, las posesiones del clero. Rodearon y rodean a Illapel con su atraso y su vacío. Un resultado directo del sistema: los campesinos de la cercanía usan aún el milenario arado de madera.

Bajamos hacia el mar. Arriba quedan los manganesos de Corral Quemado. Nuestros mineros allí quedan ennegrecidos para toda la vida —¿y para toda la muerte?— por la mina asesina. Después de ennegrecerlos, el mineral los devora, los envejece a los cuarenta años y la compañía los echa a los caminos.

El cronista sigue bajando cerros. Algunas cabras semisalvajes en las alturas. Los implacables "Cereus" como tubos de órgano de una cruel catedral. Un gran silencio. Luego el océano.

THOMAS MANN Y EINSTEIN ESCRIBEN SOBRE EL MACCARTHISMO

En nuestro país se hacen intentos, una y otra vez, de establecer el maccarthismo, la "caza de brujas", según el modelo del senador norteamericano Joseph Mac Carthy, repudiado en su país aun por los círculos más moderados.

He aquí lo que han dicho dos grandes hombres de la cultura sobre esta nueva inquisición:

THOMAS MANN:

"Tengo el honor de denunciarme a mí mismo como un testigo hostil.

"Declaro que estoy profundamente interesado en la industria cinematográfica, y que, desde mi llegada a Estados Unidos hace 9 años, he visto numerosos films de Hollywood. Si en alguno de ellos se ha introducido de contrabando propaganda comunista, ella debe haber sido escondida cuidadosamente. Por cierto que yo nunca he advertido nada semejante.

"Declaro, además, que, en mi opinión, la persecución ignorante y supersticiosa de los que creen una doctrina política y económica que es, después de todo, la creación de grandes mentes y de grandes pensadores, declaro, pues, que esta persecución no sólo es degradante para los que la realizan, sino también muy perjudicial para la reputación cultural de este país.

"Como ciudadano norteamericano de origen alemán, declaro finalmente que ciertos rasgos políticos me son dolorosamente familiares. La intolerancia espiritual, las inquisiciones políticas y la declinación de la seguridad legal, y todo ello en nombre de un supuesto "estado de emergencia"..., así es como empezó en Alemania. Lo que vino después fue el fascismo, y lo que vino después del fascismo fue la guerra".

(Declaración leída por radio en 1947, por Thomas Mann, a raíz del proceso contra artistas de Hollywood).

ALBERT EINSTEIN:

"Apreciado señor:

Los intelectuales de nuestro país están colocados ante un problema muy grave. Los políticos reaccionarios han conseguido sembrar en el público la sospecha con respecto a toda empresa del espíritu, agitando ante nuestros ojos el "peligro exterior"? Desde el momento mismo en que lo han logrado, pretenden oprimir la libertad de enseñanza, y expulsar de su sitio, condenándolos a la miseria, a todos aquellos que no capitulan. ¿Qué deben hacer los intelectuales ante esta grave amenaza? Cualquiera que sea citado ante una comisión de este tipo, debe negarse a declarar; dicho de otro modo, es necesario que se esté listo para afrontar la prisión y la miseria, es necesario que el intelectual esté dispuesto a sacrificar su bienestar personal en el interés de la prosperidad moral, general de su país. Debe motivarse la negativa a declarar diciendo que es una vergüenza someter a un ciudadano íntegro a métodos inquisitoriales de este género y que esta especie de inquisición representa una violación de la constitución.

Si existe un suficiente número de intelectuales que actúen así, obtendrán la victoria. Si no, los hombres de pensamiento de este país no merecen nada mejor que la esclavitud que se les prepara.

Sinceramente,

ALBERT EINSTEIN".

(Carta a los intelectuales norteamericanos).

UNIVERSIDAD DE CHILE

TEMPORADA DE VERANO

CONCIERTOS GRATUITOS AL AIRE LIBRE DEL INSTITUTO DE EXTENSION MUSICAL

CONJUNTO, DIRECTORES Y SOLISTAS QUE ACTUARAN EN LA TEMPORADA:

ORQUESTA SINFONICA DE CHILE

DIRECTORES:
VICTOR TEVAH (Director titular).
GYORGY RAYKI (Director invitado).
HECTOR CARVAJAL.
JUAN MATTEUCCI.

BALLET DEL INSTITUTO
Director: UTHOFF.

Coro Universitario
Directores: Marco Dusi y Hugo Villarroel.
Director de orquesta en los Oratorios: Víctor Tevah.

Solistas

CANTANTES: Aida Saavedra, Georgeanne Vial, Dora Prajoux, Francisco Bilbao y Miguel Green.
PIANISTAS: Margarita Domenech, Graciela Yazigi, Ana Berr, Cirilo Vila y Patricio Garrido.
VIOLINISTAS: Jaime de la Jara y Mario Prieto.
CELLISTA: Raúl Arellano.
VIOLISTA: Abelardo Avendaño.

FECHAS Y LUGARES

Diciembre

SABADO 10, a las 18 horas: Concierto sinfónico gratuito en San Bernardo. Solista Georgeanne Vial. Director Tevah.
MIERCOLES 14, a las 19 horas: Ballet a beneficio del Ropero del Pueblo, en el Teatro Municipal.
JUEVES 15, a las 22 horas: Concierto sinfónico gratuito en la cancha acústica de Plaza Garín (Quinta Normal). Director, Tevah; solistas: Georgeanne Vial y Cirilo Vila.
MARTES 20, a las 22 horas: Ballet gratuito en el Parque Bustamante.
MIERCOLES 21, (2 funciones), a las 19 horas: Ballet a beneficio de los empleados del Teatro Municipal en dicho Teatro; a las 22 horas, función de Pascua para los hijos de los empleados de la Universidad.
JUEVES 22, a las 22 horas: Concierto gratuito al aire libre en el Parque Forestal, con el oratorio "El Mesías". Director, Tevah; solistas: Aida Saavedra, Georgeanne Vial, Francisco Bilbao y Miguel Green.
MARTES 27, a las 22 horas: Ballet gratuito en el Parque Bustamante.
JUEVES 29, a las 22 horas: Concierto gratuito al aire libre en el Parque Forestal, con el oratorio "El Mesías".

Enero de 1956

MARTES 3, a las 22 horas: Ballet gratuito en la Plaza Garín, de Quinta Normal.
MIERCOLES 4, a las 22 horas: Concierto sinfónico gratuito en el Parque Forestal. Director, Héctor Carvajal; solistas: Margarita Domenech y Raúl Arellano.
VIERNES 6: Ballet en el Teatro Municipal de Viña del Mar con "Aloria" y "El hijo Pródigo".
SABADO 7: Ballet en el Teatro Municipal de Viña del Mar con "Carmina Burana".
MIERCOLES 11, a las 22 horas: Función del Ballet en el Teatro Municipal en homenaje al V Congreso Panamericano de Oftalmología.
VIERNES 13: Ballet en el Teatro Municipal de Viña del Mar con "Don Juan" y "Czardas".
SABADO 14: Función gratuita de ballet al aire libre, en Viña del Mar (Facade, Traviata y Alotria).
MARTES 17, a las 22 horas: Concierto sinfónico gratuito en el Parque Forestal. Director: Tevah. Solistas: Graciela Yazigi y Dora Prajoux.
JUEVES 19: Concierto sinfónico en el Teatro Municipal de Viña del Mar. Director, Tevah.
VIERNES 20: Concierto sinfónico gratuito en el Estadio El Tranque de Viña del Mar. Director, Tevah.
MARTES 24, a las 22 horas: Concierto sinfónico gratuito en el Parque Forestal. Director, Juan Matteucci; solistas: Patricio Garrido y Mario Prieto.
JUEVES 26: Concierto sinfónico en Viña del Mar en el Teatro Municipal. Director, Gyorgy Rayki.
VIERNES 27: Concierto sinfónico gratuito en el Estadio El Tranque de Viña del Mar. Director, Gyorgy Rayki.
MARTES 31, a las 22 horas: Concierto sinfónico gratuito en el Parque Forestal. Director, Tevah; solistas: Ana Berr, Jaime de la Jara y Abelardo Avendaño.

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

AMERICA NUESTRA

Mario Briceño-Iragorry—Tradición, nacionalidad y americanidad.
Julio César Jobet—Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile

BIBLIOTECA HISPANA

Juan Valera — Pepita Jiménez (Prólogo de Fernando Uriarte)
El Lazarillo de Tormes (Introducción y notas de Francisco Guerrero).

SABER

Julio César Jobet—Los precursores del pensamiento social de Chile.
Julio Santa María—¿Podemos alimentarnos mejor?

LIBRERIA UNIVERSITARIA

toda clase de libros de arte, literatura, música, arquitectura, filosofía y técnica

COLECCION BABEL

Alone — Aprender a escribir.
Manuel Rojas — Imágenes de infancia.
González Vera — Eutrapelia, honesta recreación.
Enrique Espinoza — De un lado y otro.

SALA DE DISCOS

Poesías de Pablo Neruda — recientemente grabadas por su autor.

Alturas de Macchu-Picchu — La lámpara en la tierra
Oda a la araucaria araucana—Oda al higado
Oda al picaflor
La ola—Las piedras de la orilla—A una estatua de proa
POEMAS DE AMOR: Farewell—Poema 20—Un día —Oda a un reloj en la noche
POEMAS PATRIOTICOS: José Miguel Carrera — Exodo y antistrofa — Toqui Caupolicán — Lautaro.

SALA DE VENTAS ALAMEDA 1058 - TELEFONO 64914

Publicaciones del Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Universidad de Chile

Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira, Waldo Vila y Antonio Romera	MONVOISIN	$ 600.—
Gabriela Mistral, Tomás Lago y otros	ROA	300.—
Waldo Vila y Giorgio Valli	BONTA	600.—
Luis Droguett Alfaro	ABARCA	300.—
Aldo Torres Púa	SERGIO MONTECINO	50.—
En preparación: Carlos Humeres	PABLO BURCHARD	300.—
	REVISTA DE ARTE	300.—

Suscripción y venta en la Facultad de Bellas Artes y en la Librería Universitaria.

Impresores: LAUTARO

Juntemos con valor todo NUESTRO MIEDO

por César ZAVATTINI

ZAVATTINI, uno de los más notables escritores del cine italiano, recibió este año el Premio Internacional de la Paz. Zavattini es autor de los guiones cinematográficos de películas tan extraordinarias como "Ladrones de bicicletas" y "Milagro en Milán".

En este artículo, se refiere a algunos de los mayores problemas de nuestro tiempo, el peligro de la guerra y el papel de la cultura.

HACE algún tiempo un periodista extranjero me hizo algunas preguntas sobre el mundo actual (si Europa está o no está en decadencia) y sobre la contribución que la cultura contemporánea en general y la cultura italiana en particular pueden dar al mejoramiento de la civilización y de la Humanidad.

¿La decadencia... de Europa? —me preguntaba. Es necesario analizar el mundo para ver qué es lo que entendemos por decadencia. Los alemanes, por ejemplo, en 1938, durante su "divino" delirio imperialista, creían estar en el apogeo de la civilización. Y estaban, al revés, en plena decadencia. Si la falta de humanidad es un síntoma de decadencia, es Norteamérica y no Europa la que está hoy en decadencia. Me avergüenza decirlo, pero debo confesar que me río cuando pienso que si por la puerta del laboratorio atómico que alguien distraídamente hubiese dejado abierta, entrara un niño y apretara un botón, este mundo saltaría por los aires. Y todo eso, a consecuencia de una ruptura que se ha producido entre nuestros medios técnicos, que son de 1955, y nuestro pensamiento, que se ha quedado en 1914. Por otra parte, uno ya no podría decir: "la solución es ésta o esta otra", como si tuviera una respuesta lista; pero, en compensación, me basta, sí, afirmar que tenemos necesidad de un lenguaje nuevo, de vestidos nuevos, de formas nuevas, para un mundo nuevo. Así, pues, la decadencia debe ser pensada en función de una idea contemporánea. Sobre la base de esta idea están actualmente en decadencia las naciones que no han sabido adecuarse a sentimientos que son hoy universales y que, por la misma razón, no cumplen las acciones que esos sentimientos demandan. Estamos todos en la actitud de un pueblo rabdomante: un pueblo que busca la nueva veta de agua fresca. ¿Es Europa un pueblo rabdomante? Hay la esperanza de que lo sea, porque entre los pueblos actuales, es el que ha vivido más a fondo su ciclo, acercándose a un nuevo comienzo. Pero, ¡atención! Europa es orgullosa: quiere ser la dueña exclusiva de una idea rabdomántica. Y este pecado de orgullo puede hacerla precipitarse otra vez en el nacionalismo, si bien pueda esta vez llamarse "europeísmo", lo que no es otra cosa que un nacionalismo gigante. Nuestra historia misma nos impide ciertos viejos sentimientos: como sucede a una persona a la cual se le hubiese dado un feroz golpe en la garganta, torciéndosela de tal modo que ciertas palabras no las pudiese nunca más pronunciar...

¿Es justo hablar de contemporánea refiriéndose a la cultura italiana, por qué debiéramos limitarla a esta postguerra? O mejor hablemos de la cultura de este año, de la cultura del día de hoy. Creo también que hemos sufrido una fractura entre lo viejo y lo nuevo, fractura que no se ha recuperado. Creo que continuamos concibiendo la cultura como un amable parloteo de salón, mientras lo que hoy más interesa es la concepción de una cultura activa, participante.

Primero se decía: el novelista escribe su libro y participa también a su modo en la lucha. Según yo, no. No basta. Yo le doy las gracias al escritor, pero quiero que ayude a encontrar el lenguaje capaz de difundir entre la gente esos sentimientos primarios, necesarios como el aire que respiramos. ¿Cuáles son esos sentimientos generales? Uno es el de la paz, por ejemplo. La paz, como gusto por la vida en su parábola física. Otros sentimientos: la asistencia a la infancia, a la vejez. Una acción que permita decirle a un anciano: "Querido abuelo, vive tu vida hasta el fondo, bebe hasta la última gota de luz..." Si se ha inventado la penicilina, no basta; debo inventar la estreptomicina... Y esto ya no basta y debo inventar rápidamente la "pipopipopicina"... Es muy importante que yo mire al cielo. Debo mirarlo a cada momento. Pero también al viejo le gustaba mirarlo. Y habría podido mirarlo una media hora más si alguien le hubiese llevado la penicilina...

En este tiempo se ha inventado una cosa espantosa: la bomba atómica. Pero cada vez que el hombre descubre algo, hay siempre un aspecto maravilloso y positivo en su descubrimiento. ¿Qué hemos obtenido de positivo con la bomba atómica? El miedo. Estamos todos pálidos de miedo, pero debemos empalidecer todavía más, hasta llegar a estar lívidos, lividísimos... Hasta que no podamos más. Entonces juntaremos con valor este miedo y nos daremos cuenta que debemos salvar a cualquier costo la vida en su tránsito físico, y que si tenemos tanto miedo es porque nos gusta vivir. Así, yo sueño con un Congreso Internacional de los Asustados que pueda verdaderamente salvar la paz.

Volviendo a la cultura y a los hombres de cultura, veamos un poco cuáles son los instrumentos que tenemos a disposición para este objeto: el cine, la radio, la televisión. Italia, ¿utiliza o no estos instrumentos? Me pregunto, en resumen, si la cultura contribuye a la actividad antibélica, puesto que el hombre de cultura contemporánea rehusa aceptar las ideologías que acompañan a las acciones tremendas que se cumplen y que continúan cumpliéndose hacia la guerra: acciones de la vieja cultura, acciones contra la paz. Me lo pregunto pero debo responder: no, ni Italia ni otros países. O mejor, participa Italia, pero de un modo desproporcionado: es como si un incendio se estuviera propagando y cada uno de nosotros saliese con un baldecito y ayudara a extinguirlo charlando, como ocurría en Atenas. No digo que pienso que estuviese mal que en Atenas se conversase, pero, ¡por Dios, ahora ha ocurrido algo nuevo! Y es en el cine donde esta cultura italiana ha encontrado en mayor grado la posibilidad de una expresión humanista, pero por ahora sólo ha asomado la mitad de la nariz por la puerta. Y cuando hablo del cine, lo hago pensando sobre todo en su característica de ser uno de los instrumentos más populares que están a nuestra disposición.

CÉSAR ZAVATTINI

UNA ESCENA DE "LADRONES DE BICICLETAS", LA PELÍCULA QUE CONSAGRÓ DEFINITIVAMENTE A ZAVATTINI Y AL NEORREALISMO ITALIANO